

**Fredric Brown**

**CUENTOS DE CIENCIA  
FICCION (Recopilación)**

[www.infotematica.com.ar](http://www.infotematica.com.ar)

**Texto de dominio público.**

Este texto digital es de DOMINIO PÚBLICO en Argentina por cumplirse más de 30 años de la muerte de su autor (Ley 11.723 de Propiedad Intelectual). Sin embargo no todas las leyes de Propiedad Intelectual son iguales en los diferentes países del mundo.

Infórmese de la situación de su país antes de la distribución pública de este texto.

## Abominable

Sir Chauncey Atherton se despidió de los guías sherpas, que iban a acampar allí y dejarle continuar solo. Estaban en tierras del Abominable Hombre de las Nieves, varios centenares de kilómetros al norte del monte Everest, en el Himalaya. Los Abominables Hombres de las Nieves se habían dejado ver ocasionalmente en el Everest y en otras montañas tibetanas o nepalesas; pero el monte Oblimov, al pie del cual dejaba ahora a sus guías nativos, estaba tan lleno de ellos que ni siquiera los sherpas se atrevían a escalarlo; aunque le aseguraron que esperarían allí su regreso, en el caso de que regresara. Había que ser muy valiente para aventurarse más allá de aquel punto, Sir Chauncey era muy valiente.

Además, era un verdadero perito en cuestión de mujeres, razón por la que se encontraba allí y a punto de intentar, en solitario, no sólo una peligrosa ascensión sino también un rescate aún más peligroso. Si Lola Grabaldi aún vivía, se hallaba en poder de un Abominable Hombre de las Nieves.

Sir Chauncey nunca había visto a Lola Grabaldi en persona. En realidad, hacía menos de un mes que se había enterado de su existencia, al ver la única película cinematográfica que ella había protagonizado, y gracias a la cual se convirtió súbitamente en un personaje legendario, en la mujer más hermosa de la Tierra, en la estrella cinematográfica más encantadora que Italia había engendrado jamás; y sir Chauncey no lograba comprender que siquiera Italia lo hubiera hecho. En una sola película reemplazó a la Bardot, la Lollobrigida y la Ekberg como la imagen de la perfección femenina en la mente de todos los peritos del mundo, y sir Chauncey era el mejor perito del mundo. En cuanto la vio en la pantalla, comprendió que debía verla en persona, o morir en el intento.

Pero, entonces, Lola Gabraldi ya había desaparecido. A fin de tomarse unas vacaciones después de su primera película, hizo un viaje a la India y se unió a un grupo de escaladores que pensaban conquistar el monte Oblimov. El resto del grupo había regresado, pero Lola no. Uno de ellos testificó haberla visto, a demasiada distancia para alcanzarla a tiempo, secuestrada, arrastrada a la fuerza por una

peluda criatura, más o menos humana, de casi tres metros de estatura. Un Abominable Hombre de las Nieves. El grupo la había buscado varios días antes de darse por vencidos y regresar a la civilización. Todo el mundo coincidía en afirmar que, ahora, ya no había ninguna posibilidad de encontrarla con vida.

Todo el mundo menos sir Chauncey, que inmediatamente había volado de Inglaterra a la India.

Nada pudo detenerle, y ahora ascendía hacia la región de las nieves eternas. Y, además del equipo de alpinismo, llevaba el pesado rifle con el que, sólo un año antes, había cazado tigres en Bengala. Si el arma podía matar tigres, razonaba, también podía matar Hombres de las Nieves.

La nieve se arremolinaba en torno suyo mientras avanzaba hacia la línea de nubes. De repente, a unos doce metros de él, que era hasta donde su vista alcanzaba, divisó una monstruosa figura que no era totalmente humana. Alzó el rifle y disparó. La figura cayó, y siguió cayendo; se hallaba al borde de un precipicio de varios miles de metros de altura.

Y, en el mismo momento del disparo, unos brazos se cerraron en torno a sir Chauncey. Unos brazos gruesos y peludos. Y después, mientras una mano le inmovilizaba fácilmente, la otra le arrebató el rifle y lo dobló en forma de L con la misma facilidad que si se tratara de un palillo, tirándolo después.

Se oyó una voz procedente de un punto situado a unos sesenta centímetros por encima de su cabeza.

- Estate quieto y no te pasará nada.

Sir Chauncey era un hombre valiente, pero una especie de gemido fue todo lo que pudo articular, pese a la aparente garantía de las palabras. La criatura situada a su espalda le mantenía tan fuertemente apretado contra sí, que no pudo alzar ni volver la mirada para ver que cara tenía.

- Te lo explicaré - dijo la voz a sus espaldas -. Nosotros, a los que llamáis Abominables Hombres de las Nieves, somos humanos, pero transmutados. Hace

muchos siglos formábamos una tribu, igual que los sherpas. Por casualidad descubrimos una droga que nos permitió cambiar físicamente y adaptarnos, gracias a un aumento de estatura, pilosidad y otros cambios fisiológicos, a un frío y una altitud extremos, así como trasladarnos a las montañas, a regiones donde otros no pueden sobrevivir, excepto los pocos días que dura una expedición de alpinismo. ¿Lo entiendes?.

- S-s-sí - consiguió articular sir Chauncey. Comenzaba a entrever un rayo de esperanza. ¿Acaso la criatura iba a explicarle estas cosas, si pensara matarle?

- En este caso, continuaré. Nuestro número es reducido, y cada día lo es más. Por esta razón ocasionalmente capturamos, tal como te hemos capturado a ti, a un alpinista. Le damos la droga transmutadora, sufre los cambios fisiológicos y se convierte en uno de nosotros. De este modo mantenemos nuestro número relativamente constante.

- P-pero - balbució sir Chauncey - ¿acaso es eso lo que le ha sucedido a la mujer que estoy buscando, Lola Grabaldi? ¿Acaso es ahora... peluda, de casi tres metros de estatura, y...?

- Lo era. Acabas de matarla. Un miembro de nuestra tribu la había tomado como compañera. No nos vengaremos de ti por haberla matado; pero ahora debes ocupar su lugar.

- ¿Ocupar su lugar? Pero... yo soy un hombre.

- Me alegro de que lo seas - dijo la voz a sus espaldas. Se vio obligado a girar bruscamente, y se encontró frente a un enorme cuerpo peludo, con la cara al mismo nivel de dos montañosos senos peludos -. Me alegro de que lo seas... porque yo soy una Abominable Mujer de la Nieves.

Sir Chauncey se desmayó, siendo inmediatamente recogido y alzado en brazos, con la misma facilidad que si de un osito de juguete se tratara, por su nueva compañera.

FIN

## Algo verde

El enorme sol carmesí brillaba en el cielo violeta. En el límite de la planicie marrón, salpicada de arbustos marrones, se extendía la selva roja.

McGarry avanzó hacia ella dando zancadas. Explorar esas selvas rojas constituía una tarea ardua y peligrosa, pero era preciso hacerla. Había explorado un millar de selvas; ésta era, simplemente, una más.

Dijo:

- En marcha, Dorothy. ¿Todo listo?

La pequeña criatura de cinco patas que descansaba sobre su hombro no respondió, en realidad nunca lo hacía. No sabía hablar, pero era algo con lo cual hablar. Era una compañía. Por su tamaño y su peso, se parecía asombrosamente a una mano que reposara sobre su hombro.

Tenía a Dorothy hacía... ¿cuánto tiempo? Cuatro años, suponía. Estaba aquí hacía aproximadamente cinco, según calculaba, y la había encontrado alrededor de un año después. De cualquier manera, daba por sentado que Dorothy pertenecía al bello sexo, por la sencilla razón de que reposaba sobre su hombro como lo haría la mano de una mujer.

- Dorothy - anunció -, creo que debemos prepararnos para enfrentar problemas. Allí debe haber leones o tigres.

Deshebilló la funda de su pistola solar y apoyó la mano en la culata del arma, listo para sacarla rápidamente. Era por lo menos la milésima vez que agradecía a su buena estrella que el arma que había logrado rescatar de los restos de su nave espacial fuera una pistola solar, la única arma que funcionaba prácticamente siempre, sin recarga ni munición. Una pistola solar absorbía energía y, al apretar el gatillo, la descargaba. Con ningún arma, salvo con una pistola solar, hubiese subsistido siquiera un año en Kruger III.

Incluso antes de llegar al límite de la selva roja, vio un león. No se parecía en nada a los leones que se ven en la Tierra, por supuesto. Éste era magenta brillante, un color tan diferente de los purpurinos arbustos tras los que se agazapaba que él podía distinguirlo nítidamente. Tenía ocho patas totalmente desarticuladas y tan flexibles y fuertes como el tronco de un elefante, y una cabeza escamosa con un pico semejante al de un tucán.

McGarry le llamaba león. Tenía tanto derecho a llamarlo así como de cualquier otro modo porque jamás se le había dado nombre. De lo contrario, el nombrador nunca había regresado a la Tierra para informar sobre la flora y la fauna de Kruger III. Por lo que mostraban los archivos, una sola nave había llegado allí antes que la de McGarry, y jamás había vuelto a levantar el vuelo. Ahora él se dedicaba a buscarla; la había estado buscando sistemáticamente durante los cinco años que llevaba allí.

Si la encontraba, era posible - sólo posible - que contuviera intactos algunos de los transistores electrónicos que se habían destruido cuando su propia nave se estrelló. Y si tenía un número suficiente, podría regresar a la Tierra.

Se detuvo a diez pasos escasos del borde de la selva roja y apuntó con la pistola solar a los arbustos tras los cuales se agazapaba el león. Apretó el gatillo y se produjo un brillante destello verde, fugaz pero hermoso - ¡y qué hermoso! - y los arbustos desaparecieron, igual que el león.

McGarry rió suavemente entre dientes.

- ¿Has visto eso, Dorothy? Era verde, el único color que no tenéis en vuestro rojo y sangriento planeta. El color más hermoso del universo, Dorothy. ¡Verde! Y yo sé dónde existe un mundo que es casi totalmente verde, y llegaremos a él, tú y yo. Seguro que lo haremos. Es el mundo del que he venido, y el lugar más bello que existe, Dorothy. Te encantará.

Se volvió y echó un vistazo a la planicie marrón con arbustos marrones, el cielo violeta en lo alto y el sol carmesí. El sol de Kruger eternamente carmesí, que nunca se ponía en el lado diurno del planeta y una de cuyas caras siempre lo miraba, igual que una cara de la luna de la Tierra siempre mira a la Tierra.

No existían el día ni la noche..., a menos que uno pasara la línea de sombra a la cara nocturna, que era demasiado gélida para albergar vida. Tampoco se sucedían las estaciones. La temperatura era uniforme e invariable, no había vientos ni tormentas.

Pensó, por milésima o millonésima vez, que no estaría mal vivir en ese planeta, si tan sólo fuese verde como la tierra, si existiera algo verde en él, además del ocasional destello de su pistola solar. Su atmósfera era respirable, la temperatura moderada oscilaba entre los cuatro grados cerca de la línea de sombra y alrededor de treinta y dos directamente debajo del rojo sol, donde sus rayos caían en línea recta y no oblicuamente. Rebosaba alimentos y, tiempo atrás, había aprendido qué vegetales y animales eran comestibles y cuáles le hacían daño. Nada de lo que había probado era declaradamente venenoso.

Sí, un mundo hermoso. Incluso se había acostumbrado a ser la única criatura inteligente que lo habitaba. Dorothy era útil: algo a lo cual hablar, incluso aunque no respondiera.

Salvo que - ¡oh, Dios! - quería volver a ver un mundo verde.

La Tierra, el único planeta del universo conocido donde el verde era el color predominante, donde la vida vegetal se basaba en la clorofila.

Otros planetas del sistema solar, vecinos de la Tierra, no tenían nada que ofrecer salvo las vetas verdosas de sus raras rocas, una ocasional y minúscula sombra animada que podría considerarse verde pardusco, si así lo preferías. Podías vivir durante años en cualquier planeta, en cualquier lugar del universo, y no ver nunca el verde..., salvo en la Tierra.

McGarry suspiró. Había estado pensando para sus adentros, pero ahora habló en voz alta para Dorothy sin interrumpir la línea de sus pensamientos. A Dorothy no le importó.

- Sí, Dorothy - comentó -, es el único planeta en el que merece la pena vivir... ¡la Tierra! Verdes campos, prados llenos de hierbas, árboles verdes. Dorothy, cuando



regrese a ella jamás la abandonaré. Me haré una choza en el bosque, entre los árboles, pero no árboles tan frondosos que la hierba no pueda crecer a sus pies. Hierba verde. Y pintaré la choza de color verde, Dorothy. En la Tierra también tenemos pigmentos verdes.

Suspiró y contempló la selva roja que se extendía ante sus ojos.

- ¿Qué me has preguntado, Dorothy?

Ella no le había preguntado nada, pero simular que lo hacía era un juego, un juego que le permitía a toda costa conservar la cordura.

- ¿Si me casaré cuando vuelva? ¿Eso has preguntado?. - Reflexionó un momento -. Bien, Dorothy, depende. Quizá sí, quizá no. Tú has recibido el nombre de una mujer que está en la Tierra, lo sabes. Una mujer con la que iba a casarme. Pero cinco años es mucho tiempo, Dorothy. Fue informada de que yo estaba extraviado y probablemente muerto. Ignoro si ella ha esperado todo este tiempo. Si lo ha hecho, bien, me casaré con ella, Dorothy. ¿Preguntas qué ocurrirá si no ha esperado? Bueno, no lo sé. No nos preocupemos por eso hasta que regresemos, ¿eh? Claro que si encontrara una mujer que fuera verde o incluso una que tuviera el pelo verde, la amaría con locura. Pero en la Tierra casi todo es verde, excepto las mujeres.

Rió ante semejante idea y, con la pistola solar preparada se internó en la selva, la roja selva en la que no había nada verde, excepto el ocasional destello de su pistola solar.

Resultaba gracioso. En la Tierra, el destello de una pistola solar era violeta. Aquí, bajo el rojo sol, cuando la disparaba, emitía un destello verde. Pero la explicación era sencilla. Una pistola solar extraía energía de una estrella cercana y el destello que emitía al dispararse era del color complementario de su fuente de energía. Cuando absorbía energía del sol, un sol amarillo, el destello era de color violeta. Si se trataba de Kruger, un sol rojo, el destello era verde.

Tal vez eso había sido lo único - además de la compañía de Dorothy - que le había mantenido cuerdo, pensó. Un verde varias veces al día. Algo verde que le recordaba

cómo era el color. Y que mantenía sus ojos habituados a éste, si es que alguna vez volvía a verlo.

Resultó ser un pequeño fragmento de selva, como todos los fragmentos de selva de Kruger III, uno entre lo que parecía incontables millones de fragmentos. Y tal vez eran realmente millones: Kruger III era más grande que Júpiter. Pero menos denso, de modo que la gravedad resultaba fácil de soportar. De hecho, le hubiera llevado más de una vida recorrerlo. Lo sabía pero no se permitió pensar en la cuestión. Por lo menos no más de lo que se permitía pensar en que la nave podría haberse estrellado en la cara oscura, la cara fría. O no más de lo que se permitía dudar de que, una vez que diera con la nave, encontraría los transistores que necesitaba para hacer funcionar nuevamente la suya.

El fragmento de selva apenas medía una milla cuadrada, pero tendría que dormir una vez y comer varias veces antes de terminar de recorrerla. Mató dos leones más y un tigre. Cuando concluyó, rodeó la circunferencia, quemando cada uno de los árboles más grandes que crecían a lo largo del borde exterior: así no volvería a explorar esta misma selva. Los árboles eran blandos; su cortaplumas separó la roja corteza del centro rosado con tanta facilidad como si hubiera pelado una patata.

Volvió a atravesar la monótona planicie marrón, esta vez con el arma expuesta al sol con el propósito de recargarla.

- Ésa no, Dorothy. Tal vez la próxima. Aquélla, cerca del horizonte. Quizá está allí.

Cielo violeta, sol rojo, planicie marrón.

- Las verdes colinas de la Tierra, Dorothy. ¡Oh, cómo te gustarán!

La interminable planicie marrón.

El invariable cielo violeta.

¿Había sonado algo allá arriba? Era imposible. Jamás había ocurrido. Pero levantó la mirada. Lo vio.

Una minúscula mancha negra se movía en el cielo violeta. Una nave espacial. Tenía que ser una nave. En Kruger III no había pájaros. Y los pájaros no dejaban estelas de fuego tras ellos...

Sabía lo que debía hacer. Había pensado un millón de veces cómo haría señales a una nave, si alguna vez aparecía ante su vista. Levantó su pistola solar, la apuntó directamente al aire violeta y apretó el gatillo. No se produjo un gran destello, dada la distancia de la nave, pero fue un destello verde. Si el piloto estaba mirando, o si tan sólo mirara antes de salir del alcance de la vista, no podría pasar por alto un destello verde en un mundo donde no había otra cosa verde.

Volvió a apretar el gatillo.

Y el piloto de la nave lo vio. Apagó y encendió sus reactores tres veces - la respuesta clásica a una señal de socorro - y empezó a dar vueltas en círculo.

McGarry comenzó a temblar. Una espera tan prolongada y un final tan repentino. Se palpó el hombro izquierdo y tocó al ser de cinco patas, cuyo contacto fue para sus dedos - así como para su hombro desnudo - como el de la mano de una mujer.

- Dorothy - le dijo -, es... - Se quedó sin palabras.

La nave se acercaba girando para aterrizar. McGarry se vio a sí mismo - súbitamente consciente y avergonzado de su cuerpo - tal como aparecería a los ojos de su salvador. Iba desnudo: sólo llevaba el cinturón que sujetaba su pistola y del que colgaba su cuchillo y unos pocos utensilios más. Estaba sucio y probablemente olía mal, aunque no percibía su propio olor. Bajo la mugre, su cuerpo era flaco y consumido, casi viejo, pero eso se debía, naturalmente, a las deficiencias de su dieta; unos pocos meses de alimentación adecuada, de alimentos de la Tierra, lo solucionarían.

¡La Tierra! ¡Las verdes colinas de la Tierra!

Empezó a correr, tropezando a veces a causa de su impaciencia, hacia el lugar donde la nave estaba aterrizando. Pudo ver que se trataba de un aparato de una sola plaza, igual que el suyo. Pero eso estaba bien: en caso de emergencia podría llevar a dos personas, al menos hasta el planeta más cercano, donde él conseguiría otro medio de transporte para volver a la Tierra. A las verdes colinas, los verdes campos y los valles verdes.

Rezó y maldijo alternativamente mientras corría. Las lágrimas rodaban por sus mejillas.

Estaba allí, esperando, cuando la portezuela se abrió y salió un joven alto y delgado vestido con el uniforme de la Patrulla Espacial.

- ¿Me llevará de vuelta? - gritó.

- Por supuesto - dijo el joven serenamente -. ¿Hace mucho que está aquí?

- ¡Cinco años! - McGarry sabía que estaba gritando pero no podía evitarlo.

- ¡Santo Dios! - exclamó el joven -. Soy el teniente Archer. Claro que le llevaré de vuelta, hombre. Tan pronto como mis reactores se enfríen lo suficiente para el despegue. De cualquier manera, le llevaré hasta Cartago, en Aldebarán II; allí puede abordar una nave hacia cualquier parte. ¿Necesita algo ahora mismo? ¿Comida? ¿Agua?

McGarry meneó la cabeza en silencio. Comida, agua... ¿qué importaba todo eso ahora?

¡Las verdes colinas de la Tierra! Regresaría a ellas. Eso era lo que importaba, lo único que importaba. Una espera tan larga y un final tan repentino. Vio que el cielo violeta ondulaba y súbitamente se ennegrecía, mientras se le doblaban las rodillas.

Estaba tendido; el joven sostenía un frasco junto a sus labios y él bebió un sorbo de la fuerte bebida que contenía. Se incorporó, animado ahora. Comprobó con la mirada que la nave seguía allí y se sintió maravillosamente bien.

El joven dijo:

- Anímese, veterano; saldremos dentro de media hora. Dentro de seis estará en Cartago. ¿Quiere charlar mientras se repone? ¿Quiere contarme todo lo que ocurrió?

Se sentaron a la sombra de un arbusto marrón y McGarry contó todo lo ocurrido. Los cinco años que pasó buscando la otra nave que, según había leído, se estrelló en ese planeta y que tal vez conservaba intactas las piezas que él necesitaba para reparar la suya. La prolongada búsqueda. Le habló de Dorothy, que seguía sobre su hombro, y de que había sido algo con lo cual conversar.

Pero por alguna razón, el rostro del teniente Archer cambiaba de expresión a medida que McGarry hablaba. Se volvía aún más solemne, aún más conmovido.

- Veterano - pregunté Archer con tono amable -, ¿en qué año llegó aquí?

McGarry lo vio venir. ¿Cómo podía uno tener idea del tiempo en un planeta en el que el sol y las estaciones eran invariables? Un planeta donde siempre era de día, siempre verano... Dijo resueltamente:

- Llegué aquí en el dos mil doscientos cuarenta y dos. ¿Por cuánto me he equivocado, teniente? ¿Cuántos años tengo... en lugar de treinta, como yo pensaba?

- Estamos en el dos mil doscientos setenta y dos, McGarry. Usted llegó aquí hace treinta años. Ahora tiene cincuenta y cinco. Pero no se preocupe por eso. La medicina ha avanzado. Todavía tiene una larga vida por delante.

- Cincuenta y cinco. Treinta años - dijo McGarry quedamente.

El teniente le miró con pena. Luego preguntó:

- Veterano, ¿le cuento de una sola vez el resto de las malas noticias? Hay varias cuestiones. No soy psicólogo, pero pienso que quizá para usted sea mejor saberlo

ahora, de una vez, mientras todavía está a tiempo de reconsiderar la idea de volver. ¿Está en condiciones de oírlo, McGarry?

No podía haber nada peor que lo que ya sabía: treinta años de su vida desperdiciados aquí. Claro que podría oír el resto de lo que fuera, con tal de regresar a la Tierra, la verde Tierra.

Miró fijamente el cielo violeta, el sol rojo y la planicie marrón. Luego respondió en voz baja:

- Puedo oírlo. Adelante.

- Se las ha arreglado estupendamente, McGarry, teniendo en cuenta que han pasado treinta años. Puede dar gracias a Dios por haber creído que la nave de Marley se estrelló en Kruger III; en realidad cayó en Kruger IV. Jamás la habría encontrado aquí pero la búsqueda, como usted dice, le mantuvo... razonablemente cuerdo. - Hizo una pausa. Cuando continuó, su voz era cordial -. No hay nada sobre su hombro, McGarry. Esa Dorothy es un invento de su imaginación. Pero no se aflija, esa ilusión probablemente le ha salvado del colapso total.

McGarry levantó la mano y se tocó el hombro. No había nada.

Archer continuó:

- Dios mío, hombre, es prodigioso que, sin embargo, esté usted bien en todos los demás sentidos. Treinta años solo; es casi un milagro. Y si su ilusión persiste, ahora que sabe que es una ilusión, un psiquiatra de Cartago o de Marte puede curarle en un santiamén.

McGarry dijo con voz apagada:

- No persiste. Ya no está. Teniente... ni siquiera estoy seguro de haber creído realmente en Dorothy. Creo que la inventé a propósito, para hablarle, así que salvo por eso, me he mantenido cuerdo. Ella era... era como la mano de una mujer, teniente. ¿O ya se lo he dicho?

- Me lo ha dicho. ¿Quiere que le cuente lo demás ahora, McGarry?

McGarry le miró fijamente.

- ¿Lo demás? ¿Qué más puede haber? Tengo cincuenta y cinco años en lugar de treinta. He malgastado treinta años, desde que tenía veinticinco, buscando una nave que jamás encontraría, puesto que cayó en otro planeta. He estado loco, aunque sólo en cierto sentido, la mayor parte del tiempo. Pero ahora que voy a regresar a la Tierra, nada de eso importa.

El teniente Archer meneaba la cabeza lentamente.

- No regresará a la Tierra, veterano. A Marte, si lo desea, a las hermosas colinas marrones y amarillas de Marte. O, si no le molesta el calor, al purpúreo Venus. Pero a la Tierra no, McGarry. Ya nadie vive allí.

- ¿La Tierra ha... desaparecido? Yo no...

- No ha desaparecido, McGarry. Sigue allí. Pero es una bola carbonizada, oscura y árida, desde la guerra contra los arcturianos, hace veinte años. Ellos nos atacaron y tomaron la Tierra. Nosotros los tomamos a ellos, vencimos, los exterminamos, pero la Tierra sucumbió antes de que empezáramos. Lo siento, pero tendrá que establecerse en algún otro sitio.

McGarry dijo:

- La Tierra ya no existe. - No había expresión en su voz, ni la más mínima expresión.

Archer prosiguió:

- Ése es el resultado, veterano. Pero Marte no está tan mal. Se acostumbrará a él. Ahora es el centro del sistema solar y en él viven tres mil millones de terráqueos. Echará de menos el verde de la Tierra, claro, pero no es un mal lugar.

McGarry repitió:

- La Tierra ya no existe. - No había expresión en su voz, ni la más mínima expresión.

Archer asintió:

- Me alegro de que lo tome así, veterano. Debe ser un golpe para usted. Bien, supongo que podemos marcharnos. Los tubos ya deben haberse enfriado lo suficiente. Lo comprobaré para asegurarme. - Archer se puso de pie y se encaminó hacia la pequeña nave.

McGarry desenfundó la pistola solar y le disparó. El teniente Archer desapareció. McGarry se levantó y caminó hacia la pequeña nave. Apuntó contra ella la pistola solar y apretó el gatillo. Parte de la nave se evaporó; media docena de disparos y desapareció por completo. Los pequeños átomos que habían constituido la nave y los pequeños átomos que habían sido el teniente Archer de la Patrulla Espacial podían estar danzando en el aire, pero eran invisibles.

McGarry volvió a poner el arma en la pistolera y echó a andar hacia la roja mancha de la selva cercana al horizonte.

Levantó la mano hasta su hombro para tocar a Dorothy y ella estaba allí, como había estado allí durante cuatro de los cinco años que él llevaba en Kruger III. Ella parecía, en contacto con sus dedos y su hombro desnudo, la mano de una mujer. McGarry le dijo:

- No te preocupes, Dorothy. La encontraremos. Quizá la próxima selva sea la que corresponde. Y cuando la encontremos...

Ahora estaba cerca del borde de la selva, la roja selva, y un tigre salió corriendo a su encuentro para devorarlo. Un tigre color malva con seis patas y una cabeza semejante a un barril. McGarry apuntó su pistola solar y apretó el gatillo; se produjo un brillante destello verde, fugaz pero hermoso - ¡y que hermoso! - y el tigre desapareció.



McGarry rió entre dientes:

- ¿Viste eso, Dorothy? Era verde, el color que no existe en ningún planeta salvo en aquel al que iremos. El único planeta verde del sistema, y de él provengo. Te encantará.

- Sé que así será, Mac. - La gangosa y suave voz de Dorothy le resultó absolutamente familiar, tan familiar como la suya propia; ella siempre le había respondido.

Levantó la mano y la tocó mientras ella descansaba sobre su hombro desnudo. Parecía la mano de una mujer.

Se volvió y contempló la planicie marrón tachonada de arbustos marrones, el cielo violeta en lo alto, el sol carmesí. Rió; su risa no era una risa enajenada sino apacible. No tenía importancia, porque pronto encontraría la nave y así podría regresar a la Tierra.

A las verdes colinas, los verdes campos, los valles verdes. Una vez más, acarició la mano que descansaba sobre su hombro, le habló y oyó su respuesta.

Luego, con el arma preparada, penetró en la selva roja.

FIN

## Armagedon

Tuvo lugar, entre todos los lugares del mundo, en Cincinnati. No es que tenga nada en contra de Cincinnati, pero no es precisamente el centro del universo, ni siquiera del estado de Ohio. Es una bonita y antigua ciudad y, a su manera, no tiene par. Pero incluso su cámara de comercio admitiría que carece de significación cósmica. Debió de ser una simple coincidencia que Gerber el Grande - ¡vaya nombre! - se encontrara entonces en Cincinnati.

Naturalmente, si el episodio hubiera llegado a conocerse, Cincinnati se habría convertido en la ciudad más famosa del mundo, y el pequeño Herbie sería aclamado como un moderno san Jorge y más celebrado que un niño bromista. Pero ni uno solo de los espectadores que llenaban el teatro Bijou recuerda nada acerca de lo ocurrido. Ni siquiera el pequeño Herbie Westerman, a pesar de tener la pistola de agua que tan importante papel jugó en el suceso.

No pensaba en la pistola de agua que tenía en un bolsillo mientras contemplaba al prestidigitador que ejecutaba su número en el escenario. Era una pistola de agua nueva, comprada en el camino hacia el teatro cuando engatusó a sus padres para que entraran en la juguetería de la calle Vine; pero, en aquel momento, Herbie estaba mucho más interesado por lo que ocurría en el escenario.

Su expresión revelaba la más completa aprobación. Los juegos de manos a base de cartas no suponían ningún misterio para Herbie. El mismo sabía hacerlos. Eso sí, debía utilizar una baraja pequeña que iba en la caja de magia y era del tamaño adecuado para sus nueve años de edad. Y la verdad es que cualquiera que le observase podía ver el paso de la carta de un lado a otro de la mano. Pero eso no era más que un detalle.

Sin embargo, sabía que pasar siete cartas a la vez requería una gran fuerza digital así como una habilidad sin límites, y eso era lo que Gerber el Grande estaba haciendo. Durante el cambio no se oía ningún chasquido revelador, y Herbie hizo un gesto de aprobación. Entonces recordó el siguiente número.

Dio un codazo a su madre y le dijo:

- Mamá, pregunta a papá si tiene un pañuelo para dejarme.

Por el rabillo del ojo, Herbie vio que su madre volvía la cabeza y en menos tiempo del necesario para decir «Presto», Herbie había abandonado su asiento y corría por el pasillo. Se sentía satisfecho de su hábil maniobra de despiste y su rapidez de reflejos.

En aquel preciso momento de la actuación - que Herbie ya había visto en otras ocasiones, solo - era cuando Gerber el Grande pedía que algún niño subiera al escenario. Lo estaba haciendo en aquel preciso instante.

Herbie Westerman se le adelantó. Se puso en movimiento mucho antes de que el mago formulara la solicitud. En la actuación precedente, fue el décimo en llegar a las escaleras que unían el pasillo y el escenario. Esta vez había estado preparado, y poco se había arriesgado a que sus padres se lo prohibieran. Quizá su madre le hubiera dejado y quizá no; le pareció mejor esperar a que mirase hacia otro lado. No se podía confiar en los padres en cosas como ésa. A veces, tenían ideas muy raras. «...tan amable de subir al escenario?» Los pies de Herbie se posaron en el primer escalón antes de que el mago terminara la frase. Oyó un decepcionado arrastrar de pies a su espaldas, y sonrió vanidosamente mientras atravesaba el escenario.

Herbie sabía, por anteriores representaciones, que el truco de las tres palomas era el que necesitaba un ayudante escogido entre el público. Era el único truco que no conseguía descubrir. Sabía que en aquella caja tenía que haber un compartimiento oculto, pero ni siquiera podía imaginarse dónde. Sin embargo, esta vez sería él quien aguantara la caja. Si a esa distancia no era capaz de descubrir el truco, lo mejor que podía hacer era dedicarse a coleccionar sellos.

Sonrió abiertamente al mago. No es que él, Herbie, pensara delatarle. El también era mago; por eso comprendía qué entre todos los magos debía existir un gran compañerismo y que uno jamás debía revelar los trucos de otro.

No obstante, se estremeció y la sonrisa se borró de su cara en cuanto observó los ojos del mago. Gerber el Grande, desde tan cerca, parecía mucho más viejo que desde el otro lado del escenario. Y además, distinto. Mucho más alto, por ejemplo. Sea como fuere, aquí llegaba la caja para el truco de las palomas. El ayudante habitual de Gerber la traía en una bandeja. Herbie desvió la mirada de los ojos del mago y se sintió mejor. Incluso recordó la razón por la que se encontraba en el escenario. El criado cojeaba. Herbie agachó la cabeza para ver la parte inferior de la bandeja por si acaso. No vio nada.

Gerber cogió la caja. El criado se alejó cojeando y Herbie lo siguió con la mirada.

¿Era realmente cojo o se trataba únicamente de un truco más?

La caja se dobló hasta quedar totalmente plana. Los cuatro lados reposaron sobre el fondo, la superficie reposó sobre uno de los lados. Había pequeñas bisagras de latón.

Herbie dio rápidamente un paso atrás para ver la zona posterior mientras la anterior era mostrada a los espectadores. Sí, entonces lo vio. Un compartimiento triangular adosado a un lado de la tapa, cubierta por un espejo, y unos ángulos destinados a lograr su invisibilidad. Un truco muy gastado. Herbie se sintió un poco decepcionado. El prestidigitador dobló la caja y el compartimiento oculto por el espejo quedó en su interior. Se volvió ligeramente.

- Y ahora, jovencito...

Lo que ocurrió en el Tibet no fue el único factor; fue el último eslabón de una cadena. El clima tibetano había sido insólito durante esa semana, realmente insólito. Hizo un relativo calor. La nieve sucumbió a las elevadas temperaturas en cantidad superior a la que se había fundido a lo largo de los últimos años. Los riachuelos crecieron, y todos los ríos aumentaron de caudal.

A lo largo de los ríos, los molinillos de oraciones giraban a más velocidad de la que habían alcanzado jamás. Otros, sumergidos, se detuvieron. Los sacerdotes, con el agua hasta las rodillas, trabajaban frenéticamente, acercando los molinillos a la ribera, donde el veloz torrente no tardaría en volver a cubrirlos.

Había un pequeño molinillo, uno muy antiguo que había girado sin cesar durante más tiempo del que ningún hombre podía recordar. Hacía tanto tiempo que se encontraba allí que ningún lama recordaba la inscripción que ostentaba, ni cuál era el propósito de aquella oración.

Las turbulentas aguas rozaban su eje cuando el lama Klarath se acercó para trasladarlo a un lugar más seguro. Demasiado tarde. Sus pies resbalaron sobre el barro y la palma de su mano tocó el molinillo mientras caía. Liberado de sus amarras, se alejó con la corriente, rodando por el fondo del río, hacia aguas cada vez más profundas.

Mientras rodó, todo fue bien.

El lama se levantó, tiritando a causa de la momentánea inmersión, y se dirigió hacia otro de los molinillos. ¿Qué importancia podía tener un pequeño molinillo?, pensó. No sabía que - ahora que otros eslabones se habían roto - sólo aquel diminuto objeto se interponía entre la Tierra y Armagedón.

El molinillo de Wangur Ul siguió rodando y rodando hasta que, a dos kilómetros río abajo, chocó con un saliente y se detuvo. Ese fue el momento.

«Y ahora, jovencito...»

Estamos nuevamente en Cincinnati, Herbie Westerman levantó la vista, preguntándose por qué se habría interrumpido el prestidigitador a mitad de la frase. Vio que el rostro de Gerber el Grande estaba contorsionado por una gran impresión. Sin moverse, sin cambiar, su rostro empezó a cambiar. Sin transformarse, se transformó.

Después, lentamente, el mago se echó a reír. En aquellas suaves carcajadas se reflejaba todo el mal del mundo. Ninguno de los que las oyeron pudieron dudar de su personalidad. Ninguno dudó. Los espectadores, todos y cada uno de ellos, supieron en aquel horrible momento quién se encontraba ante ellos, lo supieron - incluso los más escépticos - sin ninguna sombra de duda.

Nadie se movió, nadie habló, nadie contuvo el aliento. Hay otras cosas aparte del miedo. Sólo la incertidumbre causa miedo y, en aquel momento, el teatro Bijou estaba lleno de una espantosa certidumbre.

La risa se hizo más fuerte. Alcanzó un crescendo, resonó en los rincones más polvorientos de la galería. Nada - ni una mosca del techo - se movió.

Satanás habló.

- Agradezco la atención que han prestado a un pobre mago. - Hizo una exagerada reverencia -. La representación ha concluido.

Sonrió.

- Todas las representaciones han concluido.

El teatro pareció oscurecerse, a pesar de que las luces siguieran encendidas. En medio de un silencio mortal, pareció oírse el ruido de unas alas, unas alas correosas, como si invisibles criaturas se estuvieran reuniendo.

En el escenario reinaba un mortecino resplandor rojo. De la cabeza y cada uno de los hombros de la alta figura del mago surgió una minúscula llama.

Aparecieron otras llamas. Surgieron a lo largo del proscenio, a lo largo del escenario. Una de ellas surgió de la tapa de la caja doblada que el pequeño Herbie Westerman seguía teniendo en las manos.

Herbie dejó caer la caja.

¿He mencionado que Herbie era cadete de salvamento? Fue una acción puramente refleja. Un niño de nueve años no sabe gran cosa acerca de temas como Armagedón, pero Herbie Westerman debería haber sabido que el agua jamás habría podido apagar aquel fuego.

Pero, como ya he dicho, fue una acción puramente refleja. Sacó su nueva pistola de agua y lanzó un chorro de líquido sobre la caja destinada a ejecutar el truco de las

palomas. Y el fuego se apagó, mientras gotas del chorro de agua mojaban la pernera unas de los pantalones de Gerber el Grande, que se encontraba de espaldas a él. Se produjo un ruido sibilante, repentino. Las luces brillaron nuevamente con toda su fuerza, y todas las demás llamas se apagaron, el ruido de alas se desvaneció, ahogado por otro ruido, el murmullo de los espectadores. El prestidigitador tenía los ojos cerrados. Su voz sonó extrañamente forzada cuando dijo:

- Conservo todo mi poder; ninguno de ustedes recordará lo sucedido.

Después, muy lentamente, se volvió y recogió la caja del suelo. Se la dio a Herbie Westerman.

- Debes tener más cuidado, niño - dijo - sujétala así.

Dio un ligero golpecito en la tapa con su varita mágica. La puerta se abrió. Tres palomas blancas se escaparon de la caja. El susurro de sus alas no era correoso.

El padre de Herbie Westerman bajó las escaleras con semblante pensativo, descolgó el suavizador de la navaja de afeitarse de un clavo de la pared de la cocina.

La señora Westerman levantó la mirada y dejó de remover la sopa que estaba haciendo.

- Pero, Henry - dijo -, no irás a castigarle por lanzar un poco de agua por la ventanilla del coche mientras volvíamos a casa, ¿verdad?

Su marido meneó la cabeza.

- Claro que no, Marge. Pero ¿no recuerdas que compramos esa pistola de camino al teatro, y que no nos acercamos para nada a un grifo? ¿Dónde crees que la llenó?

No aguardó la respuesta.

- Cuando nos detuvimos en la catedral para hablar con el padre Ryan acerca de su confirmación, ¡entonces fue cuando la llenó! ¡En la pila bautismal! ¡Poner agua bendita en la pistola de agua!

Subió pesadamente las escaleras, con el suavizador en la mano.

Rítmicos golpes y gemidos de dolor se escaparon hacia el piso inferior. Herbie, que había salvado al mundo estaba recibiendo su recompensa.

FIN

## Barba brillante

Ella estaba asustada, terriblemente asustada, desde que su padre la concediera en matrimonio al extraño hombre de la barba de color encendido.

¡Había algo tan siniestro en él, en su gran fuerza, en sus ojos aguileños, en el modo como la miraba...! Además corría el rumor - sólo un rumor, por supuesto - de que tuvo otras esposas y que nadie sabía lo que les había ocurrido. Y también el extraño asunto del cuarto al que le prohibió entrar, y ni siquiera sólo asomarse al interior. Hasta hoy lo había obedecido especialmente después de intentar abrir la habitación y encontrarla cerrada con llave.

Pero ahora está de pie enfrente de la puerta, con la llave, o con lo que creía era la llave, en su mano. Era una llave que había encontrado, apenas una hora antes, en el escritorio de su esposo; sin duda se deslizó de uno de sus bolsillos, y parecía del tamaño justo para el agujero de la cerradura de la puerta del cuarto prohibido.

Ella probó y resultó la llave adecuada; la puerta se abrió. Al otro lado, sin embargo, no estaba lo que temía hallar. Pero en cambio encontró algo más sorprendente: un equipo electrónico tremendamente complicado.

- Bien, querida - resonó una sardónica voz a sus espaldas -, ¿sabes qué es eso?

Ella se dio media vuelta para enfrentarse a su esposo.

- Bueno... creo que... parece un...

- Exacto, querida, es una radio. Pero una radio extremadamente poderosa, que puede transmitir y recibir a distancias interplanetarias. Con ella, puedo establecer comunicación con el planeta Venus. Como verás, querida, yo soy venusino.

- Pero no entien...

- No necesitas entenderlo; de todos modos, me explicaré. Soy un espía venusino, la vanguardia de una próxima invasión a la Tierra. ¿Qué creíste? ¿Que como mi barba es azul encontrarías un cuarto lleno de mis anteriores esposas asesinadas? Sé que padeces daltonismo, pero seguramente tu padre te dijo que mi barba es roja.

- Por supuesto, pero...

- Pero tu padre está también en un error. Él la vio roja, ya que cada vez que salgo tiño mi barba y cabellos de rojo, con una tintura fácilmente lavable. En casa, sin embargo, prefiero conservarla con su color natural, que es verde. Por esa razón escogí una esposa daltónica, ya que así no se percataría de la diferencia.

»Por esa razón siempre he elegido a mis esposas, daltónicas. - Suspiró pesadamente - Por desdicha, además del color de la barba, tarde o temprano cada una de ellas ha pecado de curiosidad excesiva, como tú. Pero no las conservo en esta habitación, todas están enterradas en el sótano.

Su mano, terriblemente fuerte, se cerró en el brazo de ella.

- Ven, querida, y te mostraré sus tumbas.

FIN



## Carrera de caballos

Garn Roberts, también conocido - aunque sólo para los altos oficiales de la Federación Galáctica - como agente secreto K-1356, dormía en una astronave para un solo tripulante que viajaba a catorce años luz por hora en control automático a doscientos seis años luz de la Tierra. Un timbrado le despertó repentinamente. Se apresuró a llegar al Telecom y lo encendió. La cara de Daunen Brand, ayudante especial del Presidente de la Federación, ocupó la pantalla y la voz de Brand llegó hasta él por el altavoz.

- K-1356, tengo un mensaje para usted. ¿Conoce el sol llamado Novra, en la constelación...?

- Sí - dijo Roberts rápidamente; la comunicación a aquella distancia consumía mucha energía, y quería ahorrarle al ayudante especial todo el tiempo que pudiera.

- Bien. ¿Conoce su sistema planetario?

- Nunca he estado allí. Sé que Novra tiene dos planetas habitables, eso es todo.

- Correcto. El planeta interior está habitado por una raza humanoide, no muy distinta de nosotros. En el planeta exterior vive una raza muy semejante a los caballos terrestres, solo que cuentan con un tercer par de patas rematadas en manos, lo que les capacita para alcanzar un cierto grado de civilización. El nombre que se dan a si mismos es impronunciable para los terrestres, de modo que los llamamos, sencillamente, caballos. Saben lo que quiere decir el nombre, pero no les importa; no son muy sensibles a esas cosas.

- Sí, señor - replicó Roberts. Brand hizo una pausa.

- Ambas razas conocen el viaje espacial, aunque no tienen motores más rápidos que la luz. Entre los dos planetas - puede buscar sus nombres y sus coordenadas en la guía estelar - hay un cinturón de asteroides semejantes al de nuestro sistema solar, pero mucho más ancho: Es lo que queda de la destrucción de un gran planeta que alguna vez orbitó entre los dos mundos habitados. Ninguno de los dos planetas contiene metales; los asteroides, por el contrario, son muy ricos y constituyen la fuente principal de abastecimiento de ambos mundos. Hace cien años que pelean por el control del cinturón, y la Federación Galáctica ha arbitrado en el tema para terminar con el conflicto haciendo que ambas razas, humanoides y caballos, reconozcan que cada individuo de cada raza puede reclamar, en vida, un asteroide y solo un asteroide.

- Sí, señor. Recuerdo haberlo leído en la Historia Galáctica.
- Excelente. Aquí viene el problema. Hemos recibido una queja de los humanoides alegando que los caballos han roto el tratado, reclamando asteroides bajo el nombre de caballos falsos para hacerse con más asteroides que ellos.  
»Pues bien, estas son sus órdenes: aterrizar en el planeta de los caballos. Use como identidad falsa la de un comerciante; no sospecharán, pues allí existen ya muchos. Son amistosos y no tendrá problema. Será bien recibido si se presenta como comerciante terrestre. Su misión será comprobar si es cierta o no la aseveración de los humanoides sobre la violación por parte de los caballos del tratado y averiguar si estos últimos han exigido más asteroides que los que justifique su número.
- Sí, señor.
- Infórmeme en cuanto haya cumplido su misión y abandonado el planeta. - La pantalla se quedó en blanco. Garn Roberts consultó guías y mapas, reajustó el control automático y volvió a la hamaca para seguir durmiendo.

Una semana más tarde, cuando hubo cumplido su misión y estaba ya a salvo a diez años luz del sistema de Novra, envió una señal al ayudante especial del Presidente de la Federación Galáctica; pocos minutos después, la cara de Daunen Brand aparecía en la pantalla del Telecom.

- K-1356 informando acerca de la situación en Novra, señor - empezó Garn Roberts - . He podido echar un vistazo al censo de los caballos; su número no sobrepasa los dos millones de ejemplares. A continuación, estudié las reclamaciones de los caballos sobre los asteroides. Tienen peticiones para más de cuatro millones. Lo obvio es que los humanoides tienen razón y los caballos han violado el tratado. Así que, ¿cómo iba a haber más asteroides de caballos que caballos?

FIN

## El último marciano

Era un atardecer como todos, pero más aburrido que la mayoría. Yo había regresado a la redacción para hacer una reseña de un soporífero banquete al que me había tocado asistir, en el que nos sirvieron tan mal que, aunque el cubierto no me había costado nada, me sentía estafado. A pesar de todo, yo escribía una larga y encomiástica reseña de diez o doce columnas. El corrector de pruebas, luego, la dejaría reducida a uno o dos párrafos fríos y formularios.

Slepper estaba sentado con los pies encima de la mesa, evidentemente sin hacer nada, y Johnny Hale ponía una cinta nueva en su máquina de escribir. El resto de los muchachos había salido a realizar diversos cometidos para el periódico.

Cargan, el «dire», salió de su despacho particular y se acercó a nosotros.

- Oíd, chicos: ¿Alguno de ustedes conoce a Barney Welch? - nos preguntó.

Pregunta estúpida. Barney era el dueño del bar que llevaba su nombre y que estaba situado al otro lado de la calle, frente a la redacción del Tribune.

No hay un solo reportero del Tribune que no conozca lo bastante a Barney para atreverse a sablearlo con frecuencia. Así que todos hicimos un gesto de asentimiento.

- Acaba de telefonar - dijo Cargan -. Dice que tiene a un tipo en el bar que pretende proceder de Marte.

- ¿Es un loco, un borracho, o ambas cosas a la vez? - quiso saber Slepper.

- Barney lo ignora, pero ha dicho que este sujeto podría proporcionarnos temas para un artículo humorístico, si uno de nosotros va a entrevistarlo. Como es al otro lado de la calle y como vosotros tres estáis mano sobre mano, uno de vosotros podría ir un momento. Pero nada de bebidas a cuenta del periódico.

- Voy yo - dijo Slepper, pero la mirada de Cargan se había posado sobre mí.

- ¿Tienes algo que hacer, Bill? - me preguntó. Tiene que ser un artículo de humor, y tú haces muy bien esas cosas.

- Muy bien - gruñí -. Iré yo.

- Tal vez se trate de únicamente de un individuo que ha bebido más de la cuenta, pero si se tratase de un auténtico chiflado, avisa a la policía, a menos que creas que podrás sacarle una historia divertida. Si se lo llevan detenido, redactas una gacetilla para la sección de sucesos.

Slepper intervino para decir:

- Tú, Cargan, serías capaz de hacer que detuviesen a tu abuela para obtener una gacetilla. ¿No puedo acompañar a Bill?

- No, tú y Johnny quédense aquí. No pienso trasladar la redacción en peso al bar de Barney.

Después de estas palabras, Cargan volvió a meterse en su despacho.

Puse punto final a la reseña del banquete y la envié por el tubo. Tomé el sombrero y la chaqueta. Slepper me dijo:

- Bebe una copa a mi salud, Bill. Pero no bebas demasiado... no vayas a perder tu particular estilo humorístico.

- Desde luego - respondí; y, saliendo de la redacción, comencé a bajar por la escalera.

Cuando entré en el bar de Barney, eché una mirada a mi alrededor. No vi a nadie del Tribune, excepto a un par de tipógrafos sentados en una mesa ante sendas copas de ginebra. Aparte del propio Barney, que estaba en el fondo del bar, había otro individuo en el salón. Era un hombre alto, flaco y de tez cetrina, sentado solo en uno de los reservados, contemplando con expresión lúgubre un vaso de cerveza casi vacío.

Me pareció conveniente conocer primero la opinión de Barney; me aproximé a la barra y deposité un billete sobre ella.

- Lo de siempre - le dije -. Y ponme también un vaso de agua. ¿Ese individuo larguirucho y fúnebre de allá es el marciano de quien hablaste a Cargan?

Él asintió mientras me servía la copa.

- ¿Cómo tengo que enfocar el asunto? - le pregunté -. ¿Sabe que un periodista va a entrevistarle? ¿O me limito a pagarle una cerveza y tirarle de la lengua? ¿Crees que está loco?

- Ya me lo dirás tú mismo. Dice que ha llegado de Marte hace dos horas y está tratando de adaptarse. Afirma que es el último marciano viviente. No sabe que eres periodista, pero está dispuesto a explicártelo todo. Yo he preparado las cosas.

- ¿Cómo?

- Le dije que tenía un amigo muy inteligente que le aconsejaría muy bien acerca de lo que debía hacer. No le di nombres porque no sabía a quien iba enviar Cargan. Pero está dispuesto a contártelo todo.

- ¿Te dijo cómo se llamaba?

Barney hizo una mueca.

- Sí, dijo que se llamaba Yangan Dal. Oye, no le pongas furioso. Aquí no quiero escenas de violencia.

Deje la copa de licor y bebí un sorbo de agua. Luego dije:

- Muy bien, Barney. Oye, destápame dos cervezas e iré a tomarlas con él. Yo mismo las llevaré.

Barney tomó dos cervezas y las destapó. Yo recogí el cambio y fui al reservado con las cervezas.

- ¿Es usted el señor Dal? - dije -. Yo soy Bill Everett. Barney me ha dicho que tiene usted un problema y que yo podría ayudarlo a resolverlo.

Él levantó la mirada hacia mí.

- ¿Es usted el amigo a quien él telefoneó? Siéntese, señor Everett. Y muchas gracias por su invitación.

Yo me senté al otro lado de la mesa, frente a él. Apuré su cerveza y sujetó con manos nerviosas el vaso que yo acababa de llenar nuevamente.

- Supongo que me creerá usted loco - dijo -. Y tal vez tenga razón, pues ni yo mismo lo entiendo. El dueño del bar también me considera loco, ¿verdad? Oiga, ¿es usted médico?

- No, exactamente - le mentí -. Digamos que soy un psicólogo consultor.

- ¿Cree usted que no estoy en mi juicio?

Yo repliqué:

- La mayor parte de los dementes no quieren reconocer que lo son. Pero todavía no me ha expuesto usted su caso.

Bebió un buen trago de cerveza y dejó el vaso sobre la mesa, pero sujetándolo fuertemente entre sus manos. Tal vez lo hacía para que no se notase su temblor.

- Soy un marciano - dijo -. El último. Todos mis semejantes han muerto. Vi sus cadáveres apenas hace dos horas.

- ¿Hace dos horas estaba usted en Marte? ¿Y cómo llegó hasta aquí?

- No lo sé. Esto es algo espantoso. Que no lo sé. Lo único que sé es que todos estaban muertos y sus cadáveres empezaban a descomponerse. Fue algo horrible. Éramos cien millones, y ahora sólo quedo yo.

- ¿Cien millones? ¿Se refiere usted al número de habitantes de Marte?

- Sí, a eso. Tal vez algo más de cien millones. Pero esa era la población del planeta. Ahora todos han muerto, excepto yo. Visité tres ciudades, las tres más populosas e importantes. Yo estaba en Skar y, cuando descubrí que todos habían muerto, tomé un targan (no quedaba nadie vivo para impedírmelo) y volé con él a Undanel. Nunca

había pilotado uno, pero los mandos eran muy sencillos. En Undanel todos habían muerto también. Reposté y seguí volando. Volaba muy bajo para ver si quedaba alguien con vida, pero sólo vi muertos. Después volé hacia Zandar, la ciudad mayor... tenía más de tres millones de habitantes. Pero todos estaban muertos y comenzaban a descomponerse. Era un espectáculo horrible, se lo aseguro. Verdaderamente espantoso. Todavía no he conseguido reponerme de la impresión que aquello me causó.

- Lo comprendo - dije.

- Usted no puede comprenderlo. Desde luego, Marte ya era un planeta moribundo; sólo hubiéramos vivido poco tiempo más... una docena de generaciones a lo sumo. Hace dos siglos, la población ascendía a tres mil millones... la mayoría de los cuales se moría de hambre. Luego vino el kryl, la misteriosa enfermedad transportada por el viento del desierto y para la cual nuestros sabios no hallaron remedio. En dos siglos redujo la población del planeta a una trigésima parte de lo que había sido, pero la cosa no terminó ahí.

- Entonces, ¿la población murió a consecuencia de este mal que usted llama... kryl?

- No. Cuando un marciano muere de kryl, se momifica. Los cadáveres que yo vi no estaban momificados.

Se encogió de hombros y apuró el resto de su cerveza. Yo vi que me había olvidado de beber la mía y también la apuré de un trago. Luego miré a Barney, que nos miraba con aspecto preocupado, y levanté los dedos.

Mi marciano seguía hablando:

- Quisimos iniciar viajes interplanetarios, sin conseguirlo. Pensábamos que si algunos de nosotros conseguían librarse del kryl, podríamos perpetuar nuestra raza en la Tierra o en otros mundos. Lo intentamos, pero el éxito no acompañó a nuestros esfuerzos. Ni siquiera pudimos llegar a Deimos o Fobos, nuestras dos lunas.

- Si no crearon una astronáutica, ¿cómo explica, pues...?

- No lo sé. Le digo que no lo sé. Hay para volverse loco. Soy Yangan Dal, un marciano. Y estoy aquí, en este cuerpo. Terminaré por enloquecer, se lo aseguro. Barney se acercó con las cervezas. Seguía con aspecto muy preocupado, y yo esperé a que no pudiese oírnos para preguntar a Dal:

- ¿En este cuerpo? ¿Quiere usted decir que...?

- Naturalmente. Éste no soy yo, ni este cuerpo es el mío. No iría usted a creer que los marcianos tuviesen exactamente el mismo aspecto de los seres humanos, supongo. Apenas tengo un metro de estatura, peso lo que aquí en la Tierra serían

unos nueve kilos y tengo cuatro brazos con manos provistas de seis dedos cada una. Este cuerpo que ocupo me asusta. No lo entiendo, como tampoco comprendo cómo he llegado hasta aquí.

- O cómo es que habla usted inglés. ¿O acaso puede explicármelo?

- Verá usted... hasta cierto punto, sí. Este cuerpo pertenece a un tal Howard Wilcox, de profesión tenedor de libros. Está casado con una hembra de esta especie.

Trabaja en un sitio llamado la Compañía de Lámparas Humbert. Poseo todos sus recuerdos y puedo hacer todo lo que él hacía; sé todo cuanto él sabía, o sabe. Hasta cierto punto, soy Howard Wilcox. Tengo documentos en mi bolsillo que lo demuestran. Pero esto no tiene pies ni cabeza porque, en realidad, soy Yangan Dal, y marciano. Incluso tengo las aficiones y gustos del cuerpo en que me alojo. Por ejemplo, me gusta la cerveza. Y cuando pienso en la esposa de este cuerpo... me doy cuenta que la amo.

Yo le miré de hito en hito y, sacando el paquete de cigarrillos, le ofrecí uno.

- ¿Usted fuma?

- Este cuerpo... es decir, Howard Wilcox... no fuma. Gracias de todos modos.

Permítame que le invite otra cerveza. En mis bolsillos hay bastante dinero.

Hice una seña a Barney.

- ¿Cuándo sucedió esto? ¿Dice que sólo hace dos horas? ¿Tuvo usted alguna sospecha, antes de esto, que fuese usted marciano?

- ¿Sospecha? Yo era un marciano. ¿Qué hora es?

Consulté el reloj de pared de Barney.

- Acaban de dar las nueve.

- Entonces, hace más tiempo del que yo suponía. Tres horas y media. Debían de ser las cinco y media cuando me encontré en este cuerpo, que entonces volvía del trabajo a su casa. Por sus recuerdos supe que acababa de salir de la oficina hacía media hora, es decir a las cinco.

- ¿Y usted, o él, se fueron a casa?

- No, me hallaba demasiado confuso y aturdido. No era mi casa. Yo soy marciano, le repito. ¿No lo comprende? Bien, no le censuro por ello porque yo tampoco lo entiendo. Comencé a pasear sin rumbo fijo. Entonces yo, es decir, Howard Wilcox, tuve sed y él... o sea yo... - Se interrumpió para reanudar el hilo de su relato -. Este cuerpo tuvo sed y yo me detuve aquí para beber una cerveza. Después de dos o tres vasos, pensé que tal vez el dueño del bar me podía dar algún consejo útil y me puse

a hablar con él.

Yo me incliné sobre la mesa:

- Escuche, Howard - le dije - tenía usted que llegar a su casa a la hora de cenar. Su esposa estará llena de inquietud si usted no telefona. ¿Le llamó?

- ¿Que si le telefoneé?... No, desde luego que no. Yo no soy Howard Wilcox.

Pero una preocupación distinta se pintó en su semblante.

- Sería mejor que le llamase - dije -. ¿Qué pierde con ello? Tanto si es Yangan Dal como Howard Wilcox, hay una mujer esperando y dominada por la inquietud. Debe telefonarle. ¿Sabe el número?

- Naturalmente. Es el mío... quiero decir que es el de Howard Wilcox.

Déjese de hacer distinciones gramaticales y vaya a telefonar. De momento no se preocupe por inventar un pretexto; está todavía demasiado confundido. Límitese a decirle a su esposa que ya se lo explicará todo cuando llegue a casa, pero que está bien.

Él se levantó como un sonámbulo y se dirigió hacia la cabina telefónica.

Yo me acerqué a la barra y pedí otra copa de ginebra.

Barney me preguntó:

- ¿Es un...?

- Todavía no lo sé - dije -. Hay en él algo que no acabo de entender.

Volví a nuestra mesa.

La cara de él mostraba una sonrisa desvaída. Me dijo:

- Estaba hecha una furia. Si yo... es decir, si Howard Wilcox vuelve a casa, tendrá que inventarse una buena coartada. - Tomó un trago de cerveza -. Mejor que la historia de Yangan Dal, desde luego.

Por momentos se iba volviendo más humano.

Pero no tardó en volver a su obsesión. Me miró de hito en hito y dijo:

- Debía haberle contado cómo ocurrieron las cosas desde un principio. Yo estaba encerrado en una habitación, en Marte, naturalmente. En la ciudad de Skar. No sé por qué me metieron allí, pero allí estaba. Y encerrado con llave. Luego pasó mucho tiempo sin que me trajesen alimento y, cuando el hambre me dominó, conseguí levantar una piedra del suelo y excavé un túnel para huir. Tardé tres días... tres días marcianos, o sea unos seis días terrestres, para salir y, sin poder apenas con mi alma, comencé a recorrer los edificios hasta que encontré la despensa. No había nadie a la vista y pude calmar mi hambre. Y entonces...



- Prosiga - le dije -. Le escucho.

- Salí del edificio y vi que la gente yacía tendida por el suelo, en el arroyo, en mitad de las calles. Todos estaban muertos y comenzaban a descomponerse. - Se cubrió los ojos con las manos -. Registré algunas casas, otras construcciones. No sabía exactamente lo que buscaba, pero comprobé que todos habían muerto en la calle, al aire libre, y ninguno de los cuerpos estaba momificado... Por lo tanto, no fue el kryl quien los mató.

»Entonces, como le dije, robé el targan (en realidad no debía decir que lo robé porque ya no pertenecía a nadie) y volé sobre la ciudad en busca de algún superviviente. En la campiña había sucedido lo mismo... todo el mundo yacía en el exterior, cerca de las casas, sin vida. Y en Undanel y Zandar encontré el mismo espectáculo.

»¿Le había dicho que Zandar es la mayor ciudad de Marte y la capital del planeta? En el centro de Zandar existe una gran extensión descubierta llamada el Campo de los Juegos, que tiene casi dos kilómetros terrestres cuadrados. Y allí estaba toda la población de Zandar o, por lo menos, así me pareció. Tres millones de cadáveres, tendidos uno junto a otro, como si se hubiesen reunido para morir allí al aire libre. Como si ya hubiesen sabido la suerte que les esperaba. Como si todos hubiesen salido al exterior de sus casas, pero allí se habían reunido tres millones de seres... todos los habitantes de la ciudad.

»Presenció este espectáculo desde el aire, mientras volaba sobre Zandar. Y en el centro del campo había algo, puesto sobre una plataforma. Descendí y permanecí inmóvil con el targan (me olvidaba de decirle que es un aparato algo parecido a sus helicópteros), cerniéndome sobre la plataforma, para ver lo que había en ella. Era como una columna hecha de cobre macizo. El cobre en Marte es como el oro en la Tierra. En la columna había un botón colocado sobre una montura adornada con piedras preciosas. Y un marciano cubierto de azules vestiduras yacía muerto al pie de la columna, frente al botón, como si lo hubiese pulsado antes de morir. Y todos murieron con él. Todos, menos yo.

»Entonces me posé con el targan sobre la plataforma, salí del aparato, me acerqué al botón y lo oprimí, pues también deseaba morir; todos mis semejantes habían muerto y yo deseaba morir. Pero en lugar de morir, me encontré viajando en un tranvía de la Tierra, de regreso a casa después de salir de la oficina, y me llamaba... - Escuche, Howard - le interrumpí, mientras hacía una seña a Barney -. Le invito otra cerveza y después regrese a casa junto a su esposa. La pondrá verde y, cuanto más

la haga esperar, peor será. Y le aconsejo que le compre por el camino una caja de bombones o unas flores, y vaya urdiendo una buena excusa para el retraso. Pero no la historia que me ha contado.

Él dijo:

- Bueno...

- Ni bueno ni malo - le atajé -. Usted se llama Howard Wilcox y su lugar está en su casa, junto a su mujer. Le voy a decir lo que debió haber sucedido. Conocemos muy poco acerca del cerebro humano y en el terreno del espíritu ocurren cosas muy extrañas. Tal vez en la Edad Media estaban en lo cierto al hablar de posesos.

¿Quiere usted saber cuál es mi opinión acerca de lo que le ha ocurrido?

- ¿Cuál es? Por el amor de Dios, si puede ofrecerme alguna explicación, la que sea..., excepto que me he vuelto loco...

- Creo que terminará por volverse loco de verdad si sigue pensando en ello, Howard. Suponga que existe alguna explicación natural para lo sucedido y después trate de olvidarlo. Poco más o menos, puedo conjeturar lo que sucedió.

Barney nos sirvió las cervezas y yo esperé a que hubiese vuelto a la barra. Entonces dije:

- Howard, es muy posible que un individuo, quiero decir, un marciano, llamado Yangan Dal, falleciese efectivamente esta tarde en Marte. También es muy posible que él fuese en verdad el último marciano. Y quizá su espíritu se alojó en usted en el momento de su muerte. No digo que fuese esto lo que sucedió, pero cae dentro de lo posible. Vamos a suponer que así fue, Howard, y no pensemos más en ello. A partir de ahora, piense usted que es Howard Wilcox... y si lo duda, mírese a un espejo. Vuelva a su casa y haga las paces con su mujer; vaya a trabajar mañana por la mañana y eche al olvido lo sucedido. ¿No le parece que esto es lo mejor?

- Sí, tal vez tenga usted razón. Las pruebas que me proporcionan mis sentidos...

Terminamos nuestras cervezas, salimos y le metí en un taxi. Le recordé que se detuviese a comprar unos bombones o unas flores y que preparase una buena excusa, que pareciese lógica y razonable, en lugar de dar vueltas y más vueltas a lo que acababa de referirme.

Volví al edificio del Tribune, subí al piso donde estaba la redacción, entré en el despacho de Cargan y cerré la puerta detrás mío.

Plantándome ante el director, le dije:

- Ya está arreglado, Cargan. Lo he resuelto.

- ¿Qué ha sucedido?

- Es un marciano, efectivamente. Y fue el último que quedó con vida en Marte. Solamente que él no sabía que habíamos venido aquí; creía que habíamos muerto todos.

- ¿Pero, cómo...? ¿Cómo es posible que nos olvidásemos de él? ¿Y cómo es posible que él no lo supiese?

- Es un cretino - repuse -. Se encontraba recluido en una institución mental de Skar y, por lo visto, se olvidaron de él y lo dejaron encerrado en su habitación cuando fue oprimido el botón que nos envió a todos aquí. Como no se encontraba al aire libre, no le afectaron los rayos transportadores que llevaron a nuestras psiquis a través del espacio. Consiguió escapar de su encierro y descubrió la plataforma erigida en Zandar, donde se había celebrado la ceremonia, y no se le ocurrió otra cosa que oprimir el botón. Por lo visto, aún quedaba suficiente energía para enviarle a él también.

Cargan emitió un suave silbido.

- ¿Le dijiste la verdad? ¿Y será lo bastante astuto como para no divulgarla?

Moví negativamente la cabeza.

- No, ni una cosa ni otra. Su índice de inteligencia es quince, poco más o menos. Pero eso le permite ser tan listo como los terrestres normales y, por lo tanto, pasará completamente inadvertido. Conseguí convencerle que era verdaderamente el terrestre dentro del cual se metió su psiquis.

- Fue una suerte que se le ocurriese confiarse a Barney. Telefonaré a Barney inmediatamente para decirle que no se preocupe. Me sorprende que no le sirviese un licor drogado antes de llamarme.

- Barney es uno de los nuestros - repuse -. No hubiera dejado salir de allí a ese tipo. Lo hubiera retenido hasta que llegásemos.

- Pero tú lo dejaste ir. ¿Te parece prudente que ande suelto? ¿No debieras...?

- No hará nada. Asumo toda la responsabilidad y me encargaré de vigilarlo hasta que llegue el momento de hacernos amos de la Tierra. Después, supongo que tendremos que internarlo de nuevo en un asilo mental. Pero me alegro de no haberme visto obligado a matarle. Después de todo, es uno de los nuestros, aunque sea un imbécil. Y probablemente se alegrará tanto de saber que no es el último marciano que no le importará que le encierren de nuevo.

Volví a ocupar mi mesa en la redacción. Slepper se había ido a cumplir alguna misión. Johnny Hale levantó la vista de una revista que estaba leyendo.

- ¿Has conseguido un buen reportaje? - me preguntó.

- ¿Qué crees? - repuse -. No era más que un borracho. Me sorprende que Barney nos haya llamado para eso.

FIN

## El experimento

- La primera máquina del tiempo, caballeros - Informó orgullosamente el profesor Johnson a sus dos colegas -. Es cierto que sólo se trata de un modelo experimental a escala reducida. Únicamente funcionará con objetos que pesen menos de un kilo y medio y en distancia hacia el pasado o el futuro de veinte minutos o menos. Pero funciona.

El modelo a escala reducida parecía una pequeña maqueta, a excepción de dos esferas visibles debajo de la plataforma.

El profesor Johnson exhibió un pequeño cubo metálico.

- Nuestro objeto experimental - dijo - es un cubo de latón que pesa quinientos cuarenta y siete gramos. Primero, lo enviaré cinco minutos hacia el futuro.

Se inclinó hacia delante y movió una de las esferas de la máquina del tiempo.

- Consulten su reloj - advirtió.

Todos consultaron su reloj. El profesor Johnson colocó suavemente el cubo en la plataforma de la máquina. Se desvaneció.

Al cabo de cinco minutos justos, ni un segundo más ni un segundo menos, reapareció.

El profesor Johnson lo cogió.

- Ahora, cinco minutos hacia el pasado. - Movié otra esfera. Mientras aguantaba el cubo en una mano, consultó su reloj -. Faltan seis minutos para las tres. Ahora activaré el mecanismo - poniendo el cubo sobre la plataforma - a las tres en punto. Por lo tanto, a las tres menos cinco, el cubo debería desvanecerse de mi mano y aparecer en la plataforma, cinco minutos antes de que yo lo coloque sobre ella.

- En este caso, ¿cómo puede colocarlo? - preguntó uno de sus colegas.

- Cuando yo aproxime la mano, se desvanecerá de la plataforma y aparecerá en mi mano para que yo lo coloque sobre ella. Las tres. Presten atención, por favor.

El cubo desapareció de su mano.

Apareció en la plataforma de la máquina de tiempo.

- ¿Lo ven? ¡Está allí, cinco minutos antes de que yo lo coloque!

Su otro colega miró el cubo con el ceño fruncido.

- Pero - dijo - ¿y si ahora que ya ha sucedido cinco minutos antes de colocarlo ahí, usted cambiara de idea y no lo colocase en ese lugar? ¿No implicaría eso una paradoja de alguna clase?

- Una idea interesante - repuso el profesor Johnson -. No se me había ocurrido, y resultará interesante comprobarlo. Muy bien, no pondré...  
No hubo ninguna paradoja. El cubo permaneció allí.  
Pero el resto del universo, profesores y todo, se desvaneció.

FIN

## Pesadilla despierto

Todo empezó como un sencillo caso de asesinato. Esto ya era bastante malo, porque era el primer asesinato cometido durante los cinco años que Rod Caquer llevaba de Teniente de las Fuerzas de Policía, en el Sector Tres de Callisto.

Toda la población del Sector Tres se sentía orgullosa de aquella marca, o por lo menos se había sentido, hasta que aquel récord había dejado de significar algo.

Pero antes de que aquel caso se terminara, nadie se habría sentido más contento que Rod Caquer si el asunto hubiese sido un simple caso de asesinato sin complicaciones cósmicas.

Los sucesos empezaron a ocurrir cuando el zumbido del aparato hizo que Rod Caquer dirigiera la mirada hacia la pantalla de su telecomunicador.

La imagen de Barr Maxon, Director del Sector Tres, le contemplaba severamente.

- Buenos días, Director - dijo Caquer, amablemente -. Me gustó mucho el discurso que pronunció la noche pasada sobre los...

Maxon le interrumpió.

- Gracias, Caquer - dijo -. ¿Conoce a Willem Deem?

- ¿El propietario de la tienda de libros y films? Sí, algo.

- Está muerto - anunció Maxon -. Parece asesinato. Más vale que vaya en seguida.

Su imagen desapareció de la pantalla, antes que Caquer pudiera hacer ninguna pregunta. Pero las preguntas podían esperar. Caquer ya se dirigía a la puerta, mientras se abrochaba el cinto de su espadín.

¿Un asesinato en Callisto? No acababa de creerlo, pero si era cierto lo mejor que podía hacer sería llegar allí cuanto antes. Con toda rapidez, si es que quería poder echar un vistazo al cuerpo antes de que no lo incineraran.

En Callisto, los cadáveres no pueden preservarse más de una hora después de su muerte, debido a las esporas de hylra que, en pequeñas cantidades, flotan siempre en el ambiente. Desde luego, son inofensivas para los tejidos vivos, pero aceleran enormemente la putrefacción en los tejidos animales muertos, de cualquier clase.

El Dr. Skidder, médico forense, atravesaba la puerta de la tienda de libros y películas cuando el Teniente Caquer llegaba, casi sin aliento.

El médico señaló con el pulgar hacia atrás.

- Más vale que se apresure si quiere echar una mirada. Se lo llevan por la puerta trasera. Pero he examinado...

Caquer pasó por su lado corriendo y alcanzó a los sanitarios en la parte de atrás.

- Hola, muchachos, déjenme echar un vistazo - dijo Caquer mientras levantaba la tela que cubría la cosa depositada en la camilla.

Después de verlo se sintió un poco marcado, pero no había ninguna duda de la identidad del cadáver o de la causa de la muerte. Había tenido la esperanza que aquello podría resultar en una muerte por accidente, después de todo. Pero el cráneo estaba partido hasta las cejas, un golpe dado por un hombre fuerte con una pesada espada.

- Deje que nos marchemos, Teniente. Hace casi una hora que lo han encontrado.

La nariz de Caquer confirmó esta observación y volvió a colocar la sábana en su lugar rápidamente y dejó que los sanitarios se dirigieran a su brillante ambulancia blanca, estacionada delante de la puerta.



Volvió a entrar en la tienda, pensativo, y lanzó una mirada a su alrededor. Todo parecía estar en orden. Las largas estanterías de mercancías envueltas en celofán estaban limpias y arregladas. La fila de cabinas en un extremo del local, algunas equipadas con visores para los clientes que deseaban examinar libros, mientras otras disponían de aparatos de proyección para aquellos que estaban interesados en microfilms, estaban vacías y ordenadas.

Un pequeño grupo de curiosos se había reunido en el exterior y Brager, uno de los policías, estaba ocupado en impedir que entrasen en el local.

- Oiga, Brager - dijo Caquer. El patrullero entró en la tienda y cerró la puerta detrás de él.

- Diga, Teniente.

- ¿Sabe algo de esto? ¿Quién lo encontró, cuándo, etc.?

- Yo lo encontré, hace casi una hora. Estaba haciendo mi ronda, cuando oí el disparo.

Caquer lo miró, sin expresión.

- ¿El disparo? - repitió.

- Sí. Entré corriendo y lo encontré muerto sin que se viera a nadie por aquí. Estaba seguro de que nadie había salido por la puerta principal, de modo que fui a la trasera y tampoco se veía a nadie. De manera que regresé y llamé por teléfono.

- ¿A quién? ¿Por qué no me llamó a mí directamente?

- Lo siento, Teniente, pero estaba excitado y sin duda marqué el número mal y salió la comunicación con el Director. Le dije que alguien había disparado contra Deem y me ordenó que me quedase de guardia y que él llamaría al forense, a la ambulancia y a usted.

«¿Lo habría hecho en aquel orden?», se preguntó Caquer. Sin duda, ya que él había sido el último en llegar allí.

Pero puso aquel detalle a un lado para concentrarse en la cuestión más importante, que Brager había oído un disparo. Eso era absurdo, a menos que, pero no, aquello era también absurdo. Si Willem Deem había sido muerto de un tiro, el médico no le habría abierto el cráneo como parte de su autopsia.

- ¿Qué es lo que quiere decir por un disparo, Brager? - preguntó Caquer -. ¿Un arma explosiva de las de tipo antiguo?

- Sí - dijo Brager -. ¿No ha visto el cadáver? Tiene un agujero en el pecho, justo en el corazón. Creo que es un agujero de bala. Nunca he visto uno antes. No sabía que existiera una pistola en Callisto. Fueron prohibidas antes que las armas radiónicas.

Caquer asintió lentamente.

- ¿No has visto ninguna otra señal de... ejem... alguna otra herida? - insistió.

- Caramba, no. ¿Por qué tendría que haber alguna otra herida? Un agujero en el corazón es suficiente para matar a un hombre, ¿no?

- ¿Adónde se fue el Dr. Skidder cuando salió de aquí? - preguntó Caquer -. ¿Dijo algo antes de irse?

- Sí, me dijo que como usted le pediría su informe se marchaba a su oficina y que esperaría hasta que usted fuese allí o le llamase. ¿Qué quiere que haga yo ahora, Teniente?

Caquer pensó por un momento.

- Vaya a la casa de al lado y use su visífono, Brager, yo tengo que comunicar por éste. - Caquer ordenó por fin al policía -. Llame a tres hombres más y los cuatro se dedican a visitar a todas las casas de la manzana y a preguntar a todo el mundo.

- ¿Quiere decir si vieron a alguien escapar por la puerta trasera, o si oyeron el disparo y todo eso? - preguntó Brager.

- Sí. También todo lo que sepan de Deem, o de quien pudiera haber tenido un motivo para matarlo.

Brager saludó y se marchó.

Caquer llamó al Dr. Skidder por el visífono.

- Hola, Doctor - dijo -. Suéltelo todo

- Nada más que lo que había a la vista, Red. Un arma radiónica, desde luego. A corta distancia.

El Teniente Red Caquer trató de dominar sus pensamientos.

- Repita eso, por favor, Doctor.

- ¿Qué sucede? - preguntó Skidder -. ¿Nunca ha visto una muerte por arma radiónica antes? Es posible que no la haya visto, Red. Pero hace cincuenta años, cuando yo era estudiante, las teníamos de vez en cuando.

- ¿Cómo lo mató?

El Dr. Skidder pareció sorprendido.

- Ah, entonces no alcanzó a los sanitarios. Creía que habría visto el cuerpo. En el hombro izquierdo tenía quemada toda la piel y la carne, y el hueso chamuscado. La muerte fue debida a shock; el rayo no alcanzó ninguna área vital. La quemadura hubiese sido mortal de todos modos, pero el shock hizo la muerte instantánea.

«Los sueños deben ser algo parecido a esto», pensó Caquer. En los sueños pasan cosas que no tienen ningún significado - se dijo a sí mismo - pero ahora no estoy soñando, esto es real.

- ¿Ninguna otra herida o señales en el cuerpo? - preguntó lentamente.

- Ninguna. Le sugiero, Red, que se concentre en la busca del arma. Registre todo el Sector Tres, si es necesario. Ya sabe cómo son las armas radiónicas, ¿no?

- He visto fotografías - dijo Caquer - Dígame, Doctor ¿Hacen ruido? Nunca he visto el disparo de una.

El Dr. Skidder movió la cabeza.

- Hay un destello y un sonido silbante, pero no producen estruendo.

El doctor se lo quedó mirando.

- ¿Quiere decir un disparo de arma explosiva?

- Desde luego que no. Sólo un débil s-s-s. No se podría oír a más de cinco metros.

Cuando el Teniente Caquer hubo cerrado el visífono, se sentó y cerró los ojos, tratando de reunir sus ideas dispersas. De alguna manera tendría que encontrar la verdad entre tres observaciones contradictorias. La suya, la del policía y la del Doctor.

Brager había sido el primero en ver el cuerpo y había dicho que tenía un agujero en el corazón. Y que no había más heridas. Que había escuchado el ruido del disparo.

Caquer pensó, supongamos que Brager miente. Seguía sin haber lógica. Porque de acuerdo con lo dicho por el Dr. Skidder no había agujero de bala, sino una quemadura por rayo. Skidder había visto el cuerpo después de Brager.

Alguien podía, por lo menos en teoría, haber usado un arma radiónica en el intervalo, sobre un cuerpo ya muerto. Pero...

Pero aquello no explicaba la herida de la cabeza, ni el hecho que el médico no había visto el agujero de bala.

Alguien podía, por lo menos en teoría, haber golpeado el cráneo con una espada, entre el momento que Skidder había hecho la autopsia y el instante en que él, Caquer, había visto el cadáver. Pero...

Pero aquello no explicaba porque él no había visto el hombro quemado cuando había levantado la sábana que cubría el cuerpo de la camilla. Podía haber dejado de observar el agujero de la bala, pero no era posible que no se hubiera fijado en un hombro en el estado que lo había descrito el Dr. Skidder.

Siguió trabajando en aquel rompecabezas, hasta que al fin decidió que sólo había una explicación posible. El médico forense mentía, por la razón que fuese. Ello significaba, desde luego, que él, Rod Caquer, no se había fijado en el agujero de la bala; pero aquello seguía siendo posible.

Mientras que la historia de Skidder no podía ser cierta. El mismo Skidder, durante la autopsia, podía haber hecho la herida de la cabeza. Y después, podía haber mentido sobre la quemadura del hombro. Caquer no podía imaginarse por qué - a menos que el hombre estuviese loco - habría cometido ninguna de las dos cosas. Pero ésa era la única forma en que podía hacer encajar todas las piezas del problema.

Pero ahora el cuerpo ya había sido incinerado. Sería su palabra contra la del Dr. Skidder...

«Pero, ¡espera!...» los sanitarios, dos de ellos, tenían que haber visto el cuerpo cuando lo colocaban en la camilla.

Rápidamente, Caquer se puso en pie delante del visífono y obtuvo comunicación con el Hospital.

- Los dos sanitarios que retiraron un cadáver en la Tienda 9364, hace menos de una hora, ¿han llegado ya al Hospital? - preguntó.

- Un momento, teniente... Sí, uno de ellos ha acabado su guardia y se ha marchado a casa. Pero el otro está aquí.

- Que se ponga al aparato.

Red Caquer reconoció al hombre que se situó delante de la pantalla. Era uno de los enfermeros que le habían pedido que se apresurase.

- Sí, teniente - dijo el hombre.

- ¿Usted ayudó a poner el cuerpo en la camilla?

- Desde luego.

- ¿Qué diría usted que fue la causa de la muerte?

El hombre vestido de blanco se quedó mirando a la pantalla incrédulamente.

- ¿Está bromeando, Teniente? - sonrió -. Hasta un tonto podía ver lo que le había sucedido a aquel tipo.

Caquer arrugó el ceño.

- Sin embargo, hay declaraciones contradictorias. Quisiera su opinión.

- ¿Mi opinión? Cuando a un hombre le han cortado la cabeza, no pueden haber diferencias de opinión, Teniente.

Caquer se obligó a hablar tranquilamente.

- El otro hombre que fue con usted, ¿podrá confirmar eso?

- Desde luego. ¡Por Júpiter! Tuvimos que colocarlo en la camilla en dos trozos. Primero, nosotros dos colocamos el cuerpo y luego Walter cogió la cabeza y la

colocó al lado del busto. El asesinato se cometió con una onda desintegradora, ¿no fue así?

- ¿Usted comentó el caso con su compañero? - dijo Caquer - ¿No hubo diferencia de opiniones respecto a... uh... los detalles?

- En realidad, sí que la hubo. Por eso le pregunté si el arma usada era un desintegrador. Después que llevamos el cuerpo al incinerador, mi compañero trató de convencerme que el corte tenía la apariencia de que alguien le hubiese dado varios golpes con un hacha o algo parecido. Pero era un corte limpio y recto.

- ¿Vio alguna señal de herida en la parte superior del cráneo?

- No. Oiga, Teniente, no tiene muy buen aspecto. ¿Le pasa algo?

Esa era la situación con la que se enfrentó Rod Caquer y no se le puede culpar por desear que todo hubiese quedado en un simple caso de asesinato.

Unas cuantas horas antes le había parecido bastante mal que se hubiesen interrumpido la serie de años en que no se había registrado ningún asesinato en Callisto. Pero, desde entonces, las cosas se habían complicado. El aún no lo sabía, pero aún se iban a complicar más y aquello era sólo el principio.

Ya eran las ocho de la tarde y Caquer seguía en su despacho con un ejemplar del formulario 812 delante de él, encima de la brillante superficie de duraplástico de su escritorio. En el formulario había unas cuantas preguntas impresas, aparentemente preguntas muy sencillas.

Nombre del difunto: Willem Deem.

Ocupación: Propietario de una tienda de libros y films.

Residencia: Departamento 825. Sector Tres. Callisto.

Residencia comercial: Tienda 9364. St. Tres. Callisto.

Hora de la muerte: Aprox. 3 tarde. Hora Oficial Callisto.

Causa de la muerte:...

Sí, las cinco primeras preguntas habían sido contestadas en un abrir y cerrar de ojos. Pero, ¿y la sexta? Había estado contemplando el impreso durante más de una hora. Una hora de Callisto, no tan larga como las de la Tierra, pero inacabable cuando se está considerando una pregunta como aquélla.

Fuese como fuese, tendría que escribir algo.

En vez de hacerlo, apretó el botón del visífono y un momento más tarde Jane Gordon le estaba contemplando desde la pantalla. Y Rod Caquer le devolvió la mirada, porque era algo que valía la pena.

- Hola, Jane - dijo - Me temo que no podré venir esta noche. ¿Me perdonas?

- Desde luego, Rod. ¿Qué sucede? ¿El asunto de Deem?

El asintió sombríamente.

- Papeleo. Montañas de informes impresos que tengo que preparar para el Coordinador del Distrito.

- Oh, ¿cómo fue asesinado, Rod?

- El artículo sesenta y cinco - dijo él con una sonrisa - prohíbe dar detalles de ningún crimen sin resolver, a ninguna persona civil.

- Lástima del artículo sesenta y cinco. Papá conocía a Willem Deem y ha estado en casa a menudo. Mr. Deem era prácticamente un amigo nuestro.

- ¿Prácticamente? - preguntó Caquer - ¿Entonces debo entender que no te gustaba, Jane?



- Bien, creo que no. Era una persona de conversación interesante, pero un tipo sarcástico, Rod. Pienso que tenía un sentido pervertido del humor. ¿Cómo lo mataron?

- Si te lo digo, ¿me prometes que no harás más preguntas? - preguntó Caquer.

Los ojos de ella brillaron esperanzados.

- Desde luego.

- Le dispararon con una pistola del tipo explosivo y con otra radiónica. Alguien le abrió el cráneo con una espada, le cortó la cabeza con un hacha y también con una onda desintegradora. Después que estuvo colocado en la camilla, alguien le volvió a pegar la cabeza, porque no estaba separada cuando yo la vi. Y cerró el agujero de la bala, y...

- Rod, deja de decir tonterías - le interrumpió la muchacha -. Si no me lo quieres decir, conforme.

Rod sonrió.

- No te enfades. ¿Cómo sigue tu padre?

- Mucho mejor. Está durmiendo ahora, pero muy mejorado. Creo que podrá volver a la Universidad la semana que viene. Rod, pareces cansado. ¿Cuándo tienes que entregar esos informes?

- Veinticuatro horas después del crimen. Pero...

- Pero, nada. Vente aquí en seguida. Puedes escribir tu informe por la mañana.

Ella le sonrió y Rod sucumbió.

- Muy bien, Jane - dijo -. Pero voy a pasar por el Cuartel de Patrullas. He puesto algunos hombres investigando en el barrio donde se cometió el crimen y quiero sus informes.

Pero el informe, que encontró le estaba esperando, no lanzaba ninguna luz sobre el asunto. La investigación había sido completa, pero no había conseguido descubrir ninguna información de importancia. No se había visto a nadie entrar o salir de la tienda de Deem, antes de la llegada de Brager, y ninguno de los vecinos de Deem sabían que éste tuviera ningún enemigo. Nadie había escuchado el disparo.

Rod Caquer gimió y se metió el informe en el bolsillo. Mientras caminaba hacia la casa de los Gordon, se preguntó cómo iba a dirigir la investigación. ¿Qué es lo que hacía un detective en un caso como aquél?

Cierto; cuando él era un chico que iba a la escuela, allá en la Tierra, había leído novelas de detectives. Los policías generalmente conseguían atrapar a alguien, descubriendo discrepancias en sus declaraciones. Casi siempre lo hacían de un modo dramático.

Había Wilder Williams, el más grande de todos los detectives de novela, que podía mirar a un hombre y deducir toda su historia por el corte de su traje y la forma de sus manos. Pero Wilder Williams nunca se había encontrado con una víctima que había sido muerta de tantas formas diferentes como testigos.

Pasó una tarde agradable - pero inútil - con Jane Gordon, a quien pidió en matrimonio de nuevo y de nuevo fue rechazado. Pero ya estaba acostumbrado a eso. Ella estaba un poco más fría que de costumbre, esa noche, probablemente porque estaba resentida, ya que él no había querido contarle lo de Willem Deem.

Luego se fue a casa a dormir.

Desde la ventana de su departamento, después que hubo apagado la luz, podía ver la monstruosa bola de Júpiter colgada baja en el cielo, el verdeoscuro cielo de medianoche. Se tendió en la cama y la miró hasta que podía verla después de cerrar los ojos.

Willem Deem, muerto. ¿Qué iba a hacer con Willem Deem? Sus pensamientos giraban en círculos, hasta que al fin una idea clara surgió del caos.

Mañana por la mañana hablaría con el doctor Skidder. Sin mencionar la herida de espada en la cabeza, le preguntaría si había notado el agujero de bala que Brager decía haber visto sobre el corazón. Si Skidder aún decía que la quemadura radiónica era la única herida, llamaría a Brager y le dejaría que discutiese con el médico.

Y luego... Bien, ya pensaría en ello cuando llegase el momento. De otro modo nunca conseguiría dormir.

Pensó en Jane, y se durmió.

Después de un rato, soñó. ¿Era aquello un sueño? Si lo era, entonces soñó que se encontraba en la cama, casi, pero completamente despierto y que habían murmullos que le hablaban de todos los rincones de su habitación. Susurros que salían de la oscuridad.

¡Susurros!

- Mátales.

- Los odias, los odias, los odias.

- Mata, mata, mata.

- El Sector Dos tiene todos los beneficios y el Sector Tres hace todo el trabajo. Explotan nuestras plantaciones de corla. Son malos.

- Mátales, apodérate de ellos.

- Los odias, los odias, los odias.

- Los del Sector Dos son incapaces y usureros. Llevan la mancha de sangre marciana en las venas. Derramar, derramar sangre de Marte. El Sector Tres debe gobernar a Callisto. Tres es el número afortunado. Estamos destinados para gobernar a Callisto.

- Los odias, los odias, los odias.

- Mata, mata, mata.

- Sangre marciana de villanos usureros. Los odias, los odias, los odias.

Susurros.

- Ahora, ahora, ahora.

- Mátales, mátales.

- Ciento noventa millas a través de la llanura. Iremos allí en una hora con los monocoques. Ataque por sorpresa. Ahora, ahora, ahora.

Y Rod Caquer estaba levantándose de la cama, vistiéndose apresurada y ciegamente sin encender la luz, porque eso era un sueño y los sueños suceden en la oscuridad.

Su espada estaba en la vaina de su cinto y la sacó y probó el filo, y la hoja estaba afilada y dispuesta a verter la sangre de los enemigos a quienes iba a matar.

Ahora su espada iba a lucir en arcos de roja muerte, aquella espada que nunca había probado la sangre, aquella anacrónica espada que era la enseña de su profesión, de su autoridad. Él nunca había sacado la espada para luchar, aquel corto símbolo de una espada, sólo de cincuenta centímetros de largo; suficiente, sin embargo, para alcanzar el corazón; diez centímetros para llegar al corazón.

Los susurros continuaron.

- Los odias, los odias, los odias.

- Derrama la mala sangre; mata, mata, mata.

- Ahora, ahora, ahora, ahora.

Con la espada desenvainada en su puño crispado, había atravesado silenciosamente la puerta, bajado por la escalera, por delante de los otros departamentos.

Algunas de las otras puertas también se abrían. No estaba solo, allí en la oscuridad. Otras figuras se movían a su lado, en la negrura.

Se deslizó por la puerta hacia la oscuridad fría de la calle. La oscuridad que debía haber estado brillantemente iluminada. Esta era otra prueba de que estaba soñando. Las luces de la calle nunca se apagaban, después de anochecer. De las primeras horas de la tarde hasta el amanecer, nunca estaban apagadas.

Pero Júpiter, aún por encima del horizonte, proporcionaba suficiente luz para poder ver por dónde caminaba. Era como un dragón redondo en los cielos y la mancha roja con un maligno ojo.

Los susurros suspiraban en la noche, murmullos que llegaban de todas partes alrededor de él.

- Mata, mata, mata.

- Los odias, los odias, los odias.

Los susurros no venían de las figuras en sombras que le rodeaban. Todos marchaban hacia delante, silenciosamente, como él.

Los susurros procedían de la misma noche, palabras que ahora empezaban a cambiar de tono.

- Espera, esta noche no, esta noche no - decían. - Vuelve, vuelve, vuelve.

- Regresa a tu casa, a tu cama, regresa a tu sueño.

Y todas las figuras alrededor de él estaban de pie, inmóviles, llenas de vacilación igual que él. Y entonces, casi simultáneamente, habían empezado a obedecer a los susurros. Habían dado media vuelta y regresado igual que habían venido, y tan silenciosamente...

Rod Caquer se despertó con un ligero dolor de cabeza y una sensación de inquietud. El sol, pequeño pero brillante, ya estaba muy alto en el cielo.

Su reloj le dijo que era un poco más tarde que de costumbre, pero se quedó en la cama unos cuantos minutos aún, tratando de recordar el loco sueño que había tenido. Los sueños son así, hay que tratar de recordarlos inmediatamente que uno despierta, antes de estar completamente despierto, o uno se olvida de ellos completamente.

Había sido un sueño absurdo. Un sueño loco y sin sentido. ¿Quizás un efecto de atavismo? Una regresión a los días en que aún las gentes luchaban sin descanso, en los días de las guerras y odios y de la lucha por la supremacía.

Esto había sucedido antes de que el Consejo Solar, reuniéndose primero en uno de los planetas habitados y luego en otro, había conseguido poner orden por medio del arbitraje y luego se había llegado a la unión. Y ahora la guerra era una cosa del pasado. La parte habitable del Sistema Solar - Tierra, Venus, Marte y dos de las lunas de Júpiter - estaban todos bajo un solo Gobierno.

Pero en aquellos días sangrientos del pasado, las gentes habían sentido lo mismo que él había experimentado en aquel sueño atávico. Había sido en los días en que la Tierra - unida por el descubrimiento de los viajes interplanetarios - había conquistado a Marte, el único otro planeta ya ocupado por una raza inteligente, y desde allí había lanzado sus colonias de emigrantes a dondequiera que el Hombre podía poner el pie.

Algunas de esas colonias habían deseado la independencia y luego el predominio. Los siglos sangrientos, se llamaba ahora a aquella época.

Cuando se levantó de la cama para vestirse, vio algo que le confundió, sorprendiéndole. Sus ropas no estaban cuidadosamente colocadas en el respaldo de la silla al lado de la cama, como él las había dejado. En cambio estaban tiradas por el suelo, como si se hubiese desnudado rápida y descuidadamente en la oscuridad.

- ¡Por Júpiter! - pensó -. ¿Habré andado dormido esta noche? ¿Se habría realmente levantado de la cama y habría salido a la calle cuando soñó que lo había hecho? ¿Cuando aquellos susurros le habían dicho que lo hiciera?

«No puede ser - se dijo -. Yo no he andado dormido en mi vida y no lo he hecho ahora. Simplemente debo haber sido descuidado, cuando me desnudé la noche pasada. Estaba preocupado con el caso Deem. En realidad, no me acuerdo de haber puesto las ropas en aquella silla.»

De modo que vistió su uniforme rápidamente y se dirigió a su oficina. A la luz de la mañana le fue fácil completar aquellos informes. En el espacio marcado «Causa de la muerte» escribió: «El forense informa que fue debido a shock por una herida de arma radiónica».

Con esto salió del atolladero; él no había dicho que aquello fuese la causa de la muerte; simplemente que el médico decía que lo era.

Llamó a un mensajero y le entregó los informes con instrucciones de llevarlos al avión correo que saldría dentro de poco. Luego llamó a Barr Maxon.

- He terminado mi informe en el caso Deem - dijo -. Lo siento, pero aún no hemos encontrado la solución. Se ha preguntado a todos los vecinos. Hoy voy a interrogar a todos sus amigos.

El director Maxon movió la cabeza.

- Apresúrese, teniente - dijo -. Este caso debe ser resuelto. Un asesinato, en nuestros días, es algo suficientemente malo. Pero no se puede pensar en un crimen sin castigo. Animaría a cometer otros crímenes.

El teniente Caquer asintió sombríamente. Ya había pensado en ello. Había que pensar en las consecuencias sociales de un crimen, y aquello era también su trabajo. Un Teniente de Policía que dejase a nadie cometer un asesinato sin ser detenido, en su distrito, no tenía más remedio que dimitir.

Después que la imagen del Director había desaparecido del visífono, Caquer cogió la lista de los amigos de Deem, de un cajón de su escritorio, y empezó a estudiarla, principalmente pensando en decidir a quiénes iba a visitar primero.

Escribió un número «1» al lado del nombre de Perry Peters, por dos razones. La casa de Peters estaba sólo a unas cuantas puertas más arriba, y luego él conocía a Perry mejor que a ningún otro de la lista, con la posible excepción del profesor Jan Gordon. E iba a hacer aquella visita la última, porque más tarde sería fácil de encontrar a su hija Jane en casa.

Perry Peters estuvo contento de ver a Caquer y adivinó inmediatamente el motivo de su visita.

- Hola, Shylock.

- ¿Eh? - dijo Rod.

- Shylock, el gran detective. Se encuentra con un misterio por primera vez en su carrera de policía. ¿O ya lo has resuelto, Rod?

- Quieres decir Sherlock, estúpido: Sherlock Holmes. No, aún no lo he resuelto, si es que quieres saberlo. Mira, Perry, dime todo lo que sepas de Deem. ¿Lo conocías bastante bien, no es así?

Perry Peters se frotó la barba pensativo y se sentó en su banco de trabajo. Era tan alto y delgado que podía sentarse allí en vez de tener que saltar para ello.



- Willem era un poco extraño - dijo -. Desagrada a mucha gente porque era sarcástico y tenía ideas absurdas en política. Yo, la verdad es que no estoy seguro que no tuviese razón la mitad de las veces, pero de todos modos me gustaba porque jugaba muy bien al ajedrez.

- ¿Esa era su única diversión?

- No. Le gustaba construir cosas, aparatos principalmente. Algunos de ellos eran muy buenos, aunque él los hacía como pasatiempo y nunca trató de patentarlos o de venderlos.

- ¿Quieres decir que inventaba aparatos, Perry? ¿Igual que haces tú?

- Bien, no eran tanto invenciones sino aparatos que aplicaban ideas ya conocidas. Pequeños instrumentos, la mayor parte, y Deem era mucho mejor en su trabajo de artesano que en ideas originales. Y, como ya te he dicho, era sólo un pasatiempo.

- ¿Nunca te ayudó en alguna de tus propias invenciones? - preguntó Caquer.

- Desde luego, en ocasiones. Sin embargo, no tanto en la idea, sino ayudándome a fabricar piezas difíciles. - Perry Peters describió un círculo con la mano que incluía todo el taller alrededor de él -. Mis herramientas están muy bien para trabajo basto, en comparación. Nada por debajo de milésimas de exactitud. Pero Willem tiene, tenía, un pequeño torno que es una maravilla. Corta cualquier cosa y preciso a un cincuentavo de milésima.

- ¿Qué enemigos tenía, Perry?

- Ninguno que yo sepa. De verdad, Caquer. A mucha gente no les gustaba, pero se trataba de una clase inofensiva de desagrado. Ya sabes lo que quiero decir, la clase de desagrado que puede hacer que vayan a otra tienda a comprar, pero no la clase que pueda hacerles desear el matarlo.

- ¿Y quién, si es que lo sabes, puede beneficiarse de su muerte?

- Hum... nadie, para así decirlo - dijo Peters, pensativo -. Su heredero es un sobrino que vive en Venus. Lo vi una vez y era un muchacho simpático. Pero la herencia no será nada que valga la pena. No valdrá más allá de unos cuantos miles de créditos.

- Aquí hay una lista de sus amigos, Perry - dijo Caquer mientras le entregaba un papel -¿Quieres mirarla y decirme si puedes añadir algún nombre? ¿O si puedes hacer alguna sugerión?

El inventor estudió la lista, y luego la devolvió.

- Me parece que los incluye a todos - le dijo a Caquer -. Hay un par de ellos que yo no sabía que lo conocieran lo bastante para merecer el estar en la lista. Y también tienes ahí sus mejores clientes, los que le hacían compras importantes.

El Teniente Caquer volvió a meterse la lista en el bolsillo.

- ¿En qué trabajas ahora? - preguntó a Peters.

- Algo que no puedo terminar, me temo - dijo el inventor -. Necesitaba la ayuda de Deem, o por lo menos el uso de su torno, para seguir adelante. - Cogió del banco de trabajo el par de anteojos más raro que Caquer había visto nunca. Los cristales tenían la forma de arcos de círculo, en vez de formar unos círculos completos y estaban sujetos en una banda de plástico flexible, sin duda diseñada para ajustarse apretadamente a la cara, alrededor de los cristales. En la parte central superior, donde quedaría contra la frente del que usase aquellas gafas, había una pequeña caja cilíndrica de unos cuatro centímetros de diámetro.

- ¿Y para qué sirve eso? - preguntó Caquer.

- Para usarlos en las minas de radita. Las emanaciones de ese mineral, mientras sigue en estado bruto, destruyen inmediatamente cualquier substancia transparente que se haya descubierto o fabricado hasta la fecha. Inclusive el cuarzo. Y también daña a los ojos descubiertos. Los mineros tienen que trabajar con los ojos vendados, como si dijéramos, guiándose solamente por el tacto.

- ¿Y cómo es que la forma de esos lentes va a impedir que las emanaciones les perjudiquen, Perry? - preguntó.

- Esa pieza en la parte superior es un pequeño motor. Hace funcionar un par de limpiacristales especialmente preparados. Son como un par de limpiaparabrisas antiguos. Y es por eso que los cristales tienen la misma forma del arco de los limpiacristales.

- ¿Quieres decir que los limpiacristales son absorbentes y que contienen alguna clase de líquido que protege los cristales?

- Sí, excepto que son hechos de cuarzo en vez de vidrio. Y solamente están protegidos una pequeña fracción de segundo. Los brazos del limpiacristales van a toda velocidad, tan rápidos que no se les puede ver cuando se usan las gafas. Los brazos tienen la mitad del tamaño de los cristales y el que los usa sólo puede ver una parte de los cristales a la vez.. Pero puede ver, aunque poco, y esto representa una mejora del mil por uno en la extracción de radita.

- Magnífico, Perry - dijo Caquer -. Y la visión puede mejorarse usando una iluminación superbrillante. ¿Ya los has probado?

- Sí y funcionan. El problema está en los brazos; la fricción los calienta y entonces se expanden, agarrotándose después de un minuto de funcionamiento, poco más o menos. Tengo que ajustarlos en el torno de Deem, u otro parecido. ¿Crees que podrías conseguir que yo lo pudiera usar? ¿Digamos por un día o dos?

- No veo ninguna dificultad - le dijo Caquer -. Hablaré a quienquiera que sea nombrado depositario por el Director, y ya te lo arreglaré. Más tarde es posible que puedas comprar el torno de los herederos. ¿O crees que al sobrino le interesarán estas cosas?

Perry Peters movió la cabeza.

- No creo, no distinguiría un torno de una máquina de taladrar. Te lo agradeceré, Rod, si puedes arreglar que yo pueda usar esa máquina.

Caquer ya había dado media vuelta para irse, cuando Perry Peters le detuvo.

- Espera un minuto - dijo Peters y luego se detuvo, indeciso -. Creo que me reservaba algo, Rod - dijo el inventor al fin -. Conozco una cosa sobre Willem que es posible que tenga algo que ver con su muerte, aunque yo mismo no sé cómo. No lo contaría a no ser que ahora ya esté muerto, de manera que no puede causarle ninguna clase de dificultades.

- ¿Qué es, Perry?

- Libros políticos prohibidos. Se ganaba algún dinero vendiéndolos. Libros en la Lista, ya sabes lo que quiero decir.

Caquer silbó suavemente.

- No sabía que los seguían haciendo. Después que el Consejo lo castiga con penas tan duras, caramba.

- La gente sigue siendo humana, Rod. Siente curiosidad por saber lo que no debiera, sólo por saber por qué no deben conocerlo, si es que no tienen otras razones.

- ¿Libros de la Lista Gris o Negra, Perry?

Ahora fue el inventor quien se mostró sorprendido.

- No te comprendo. ¿Qué diferencia hay?

- Los libros de la Lista Prohibida Oficial están divididos en dos grupos. Los realmente peligrosos están en la Lista Negra. Existen severas penas al que se le encuentre uno y la pena de muerte para el que lo escriba o imprima. Los menos peligrosos están en la Lista Gris, como la llaman.

- Yo no sé cuáles eran los que vendía Deem. Bien, en confianza, una vez leí un par que Deem me prestó y recuerdo que pensé que era algo bastante aburrido. Teorías políticas subversivas.

- Esos serían de la Lista Gris. - El Teniente Caquer parecía aliviado - Toda la parte teórica está en la Gris. Los libros de la Lista Negra son los que contienen información práctica peligrosa.

- ¿Tales cómo? - el inventor contempló fijamente a Caquer.

- Instrucciones y fórmulas para fabricar productos prohibidos - explicó Caquer -. Como la Lethite, por ejemplo. Lethite es un gas venenoso, enormemente mortífero. Con un par de kilos de él se puede destruir una ciudad, de modo que el Consejo prohibió su fabricación y cualquier libro que explicase cómo podía fabricarse fue incluido en la Lista Negra. Algún loco podría conseguir un libro de esos y destruir su propia ciudad.

- ¿Pero quién va a ser, que haga una cosa así?

- Puede estar enfermo mentalmente o sentir odio por algo - dijo Caquer -. O podría usarlo en pequeña escala para algún intento criminal. O, ¡por Júpiter!, podría ser el jefe de algún Gobierno local que quisiera apoderarse de otro Estado vecino. El conocimiento de una cosa así podría quebrantar la paz en todo el Sistema Solar.

Perry Peters asintió pensativamente.

- Comprendo lo que quieres decir - dijo al fin -. Bien, sigo sin ver que ello tenga nada que ver con la muerte de Deem, pero creí que sería mejor decirte este aspecto de su vida. Probablemente querrás hacer una comprobación de los libros que pueda tener, antes de que el depositario abra de nuevo el local.

- Desde luego - dijo Caquer -. Y muchas gracias, Perry. Si me lo permites, usaré tu visífono para que empiecen ese registro inmediatamente. Si es que hay algún libro de la Lista Negra, nos haremos cargo de ellos en seguida.

Cuando pudo conseguir comunicación con su secretaria, ella parecía a la vez asustada y aliviada al verlo.

- Mr. Caquer - dijo -. He estado tratando de encontrarle. Algo horrible ha sucedido. Otra muerte.

- ¿Otro asesinato? - dijo Caquer, aturdido.

- Nadie sabe lo que ha sido - dijo la secretaria -. Una docena de personas lo han visto saltar de una ventana que estaba solamente a unos diez metros de altura. Y en esta gravedad, eso no podría haberle matado, pero ya estaba muerto cuando llegaron a su lado. Y cuatro de los que le vieron, le conocían. Dicen que era...

- Siga, Por Dios, ¿quién era?

- Yo no... Teniente Caquer, ellos dicen, los cuatro a la vez, que era Willem Deem.

Con una sensación de irrealidad, como si se encontrase en una pesadilla, el Teniente Rod Caquer miró por encima del hombro del médico forense al cuerpo que yacía en la camilla, mientras los sanitarios los rodeaban impacientes.

- Apresúrese, Doctor - dijo uno de ellos -. El cuerpo no aguantará mucho más y necesitaremos cinco minutos para llegar al crematorio.

El Dr. Skidder asintió irritado sin alzar la vista y siguió con su examen.

- No hay ni una señal, Rod - dijo -. Ni rastro de veneno. Ni rastro de nada. Simplemente, se ha muerto.

- ¿Podía ser a causa de la caída?

- No hay ni un arañazo de la caída. El único diagnóstico que puedo dar es que le ha fallado el corazón. Bien, muchachos, ya se lo pueden llevar.

- ¿Usted también ha terminado, Teniente?

- Sí - dijo Caquer -. Adelante, Skidder, ¿cuál de los dos era Deem?

Los ojos del Doctor siguieron el cuerpo tapado por una sábana blanca que se llevaban los enfermeros, y se encogió de hombros.

- Teniente, ése es su problema - dijo -. Todo lo que puedo hacer es certificar la causa de la muerte.

- Sin embargo, no es lógico - gimió Caquer -. La ciudad del Sector Tres no es tan grande que pueda existir un doble de Deem sin que la gente lo sepa. Pero uno de ellos tenía un doble. En confianza, ¿cuál le pareció que era el original?

El Doctor Skidder sacudió la cabeza sombríamente.

- Willem Deem tenía una verruga de forma rara en la nariz - dijo -. Los dos cadáveres la tenían, Rod. Y ninguna de las dos era artificial. Puedo apostar mi reputación profesional sobre este punto. Pero venga a la oficina conmigo y le diré cuál de los dos era Willem Deem.

- ¿Sí? ¿Cómo?

- Tenemos sus huellas dactilares en el Departamento, igual que las de todos nosotros. Y siempre se toman las huellas dactilares a un cadáver en Callisto, ya que el cuerpo tiene que destruirse tan rápidamente.

- ¿Ha tomado las huellas de los dos cadáveres? - preguntó Caquer.

- Desde luego. Las tomé antes de que usted llegase, en ambos casos. Tengo las que corresponden a Willem, quiero decir al otro cadáver, en mi despacho. Le diré lo que podemos hacer; vaya a buscar la ficha archivada en el Departamento y nos encontraremos en mi oficina.

Caquer suspiró aliviado mientras asentía. Por lo menos ahora se aclararía una cuestión: a quién pertenecían los cadáveres.

Y permaneció en aquel estado, comparativamente de satisfacción, hasta media hora después en que se reunió con el Dr. Skidder y compararon las tres fichas, la que Rod había retirado del Departamento y las pertenecientes a cada uno de los cuerpos.

Las tres eran idénticas.

- Hum - dijo Caquer -. ¿Está seguro que no se ha equivocado con esas impresiones?

- ¿Cómo puedo haberme equivocado? - dijo el Doctor Skidder -. Sólo he tomado un solo juego de cada cuerpo, Rod. Y si ahora las hubiese mezclado mientras las estamos comparando, el resultado sería el mismo. Las tres impresiones son iguales.

- Pero no lo pueden ser.

Skidder se encogió de hombros.

- Creo que tendríamos que poner el caso en manos del Director cuanto antes - dijo Rod -. Lo voy a llamar y arreglaré una entrevista. ¿Conforme?

Media hora más tarde, Caquer explicó toda la historia al Director Barr Maxon, con el Dr. Skidder a su lado confirmando los puntos más importantes. La expresión del rostro del Director Maxon hizo que Rod se sintiera satisfecho, muy satisfecho, de poder contar con la confirmación del Doctor Skidder.

- ¿Están de acuerdo, pues - preguntó Maxon - que este caso debe ser puesto en conocimiento del Coordinador de Sectores y que debe pedirse que envíe un investigador especial, para hacerse cargo del mismo?

Un poco tristemente, Caquer asintió.

- Me duele admitir que soy incompetente, Director, o que parezco serlo - dijo -. Pero éste no es un crimen ordinario. Lo que está sucediendo es superior a mis fuerzas. Y puede haber algo aún más siniestro que un asesinato detrás de todo ello.



- Tiene razón, Teniente. Tomaré las medidas necesarias para que la persona indicada salga hoy mismo del Sector Centro y se ponga en contacto con usted.

- Director - preguntó Caquer -, ¿puede decirme si se ha inventado alguna vez una máquina o proceso que permita reproducir un cuerpo humano, incluyendo la mente o sin ella?

Maxon pareció sorprendido por la pregunta.

- ¿Cree que Deem pueda haber estado trabajando en algo que se volvió contra él? Desde luego, que yo sepa nunca se ha llegado a un descubrimiento como ése. Nadie ha podido nunca duplicar, excepto por imitación, ni siquiera un objeto inanimado. ¿Usted no habrá oído hablar de tal cosa, Skidder?

- ¡No - dijo el médico forense -. Ni siquiera su amigo Perry Peters podría hacer una cosa así, Rod.

Desde la oficina del Director Maxon, Caquer se dirigió a la tienda de Deem. Brager estaba allí de guardia y lo ayudó a registrar el lugar minuciosamente. Fue una tarea larga y laboriosa, porque cada libro y cada película tenían que ser examinados completamente.

Los que imprimían libros ilegales, y Rod lo sabía, eran muy listos en disimular sus productos. Generalmente, los libros prohibidos llevaban las cubiertas y el título, a veces hasta los primeros capítulos, de alguna novela popular y los rollos de film estaban disimulados igualmente.

Estaba anocheciendo cuando terminaron, pero Rod Caquer sabía que habían hecho un examen concienzudo. No existía ningún libro prohibido en aquella tienda y todas las películas habían sido pasadas por el proyector.

Otros hombres, a las órdenes de Rod, habían registrado el departamento de Deem con igual cuidado. Llamó allí y recibió su informe, completamente negativo.

- No hay ni un folleto Venusiano - dijo el policía encargado del registro en el departamento, con lo que a Rod le pareció un tono de sentimiento.

- ¿Han encontrado un torno, uno pequeño para trabajos de precisión?

- No, no hemos visto nada parecido. Una de las habitaciones ha sido convertida en un taller, pero no hay ningún torno. ¿Es eso importante?

Caquer dijo que no. ¿Qué significaba otro misterio, además pequeño, en un caso como aquél?

- Bien, Teniente - dijo Brager, cuando la pantalla se hubo oscurecido -. ¿Qué hacemos ahora?

Caquer suspiró.

- Usted puede marcharse a casa, Brager - dijo -. Pero primero pase por el Departamento y dígales que envíen un hombre para que se quede de guardia aquí y otro en el departamento. Yo me esperaré hasta que llegue el relevo.

Cuando Brager se hubo marchado, Caquer se dejó caer, cansado, en la silla más cercana. Se sentía físicamente agotado y su cerebro parecía haber dejado de funcionar. Dejó que sus ojos se dirigieran a las ordenadas estanterías y su cuidadoso arreglo le molestó.

Si solamente tuviese una pista, de la clase que fuese... Wilder Williams nunca se había encontrado en un caso como aquél en el que las únicas pistas eran dos cadáveres idénticos, uno de los cuales había sido muerto de cinco maneras diferentes y el otro no tenía ninguna señal de violencia. Aquello no tenía explicación, y ¿por dónde iba él a empezar?

Bien, aún tenía la lista de las personas que quería visitar y aún le quedaba tiempo de ver por lo menos a una de ellas, esta tarde.

¿Debía ir a ver a Perry Peters, para ver qué explicación podía darle de la desaparición del torno? Quizá podría darle alguna idea de lo que había pasado con aquella máquina. Pero, entonces, ¿qué es lo que tendría que ver el torno en aquel caso? Uno no puede fabricar un cadáver en un torno.

Quizá sería mejor que fuese a ver al Dr. Gordon.

Llamó al departamento de los Gordon por el visífono y Jane apareció en la pantalla.

- ¿Cómo está tu padre, Jane? - dijo Caquer -. ¿Puedes decirme si podrá hablar conmigo esta noche?

- Oh, sí - dijo la muchacha -. Se siente mucho mejor y quiere regresar a sus clases mañana. Pero ven cuanto antes si es que vas a venir. Rod, pareces enfermo, ¿qué es lo que te pasa?

- Nada, excepto que me siento atontado. Pero creo que estoy normal.

- Estás demacrado. ¿Cuándo has comido la última vez?

Los ojos de Caquer se abrieron.

- ¡Dios mío! Se me ha olvidado todo lo que se refiere a la comida. He dormido hasta tarde y ni siquiera he desayunado.

Jane Gordon se rió.

- ¡Pobrecillo! Bien, ven pronto y tendré algo preparado cuando llegues.

- Pero...

- Pero nada. No discutas. ¿Cuándo llegarás?

Un minuto después de haber cerrado el visífono, el Teniente Caquer se levantó para contestar a una llamada, que había sonado en la puerta cerrada de la tienda.

La abrió

- Hola, Reese - dijo -. ¿Le envía Brager?

El policía asintió.

- Me dijo que debía estar aquí, por si acaso. ¿De qué?

- Vigilancia de rutina, eso es todo - explicó Caquer -. Dígame, he estado aquí encerrado toda la tarde. ¿Hay algo de nuevo?

- Un poco de excitación. Hemos estado arrestando agitadores en la calle todo el día. Pocos. Hay una epidemia de ellos.

- ¡Caramba! ¿Y qué es lo que quieren?

- Atacar al Sector Dos, por alguna razón que no acaba de ser clara. Están incitando al público a enfurecerse contra el Sector Dos y a eliminarlo. Las razones que dan son completamente absurdas.

Algo se agitó inquieto en la memoria de Rod Caquer, aunque no pudo localizar lo que era. ¿El Sector Dos? ¿Quién le había estado contando cosas del Sector Dos? Algo sobre usura, juego poco limpio, sangre marciana, cosas absurdas. Aunque era cierto que muchas de las gentes que vivían allí tenían sangre marciana...

- ¿Cuántos agitadores han sido arrestados?

- Tenemos a siete, dos más se nos escaparon, pero los agarraremos si empiezan otra vez.

El Teniente Caquer fue caminando, pensativo, hacia el departamento de los Gordon, haciendo esfuerzos para recordar dónde había oído, recientemente, propaganda contra el Sector Dos. Tenía que existir alguna razón común para la aparición simultánea de nueve agitadores en público, todos predicando la misma doctrina.

¿Una organización política subversiva? No había existido ninguna parecida durante el último siglo. Bajo un Gobierno perfectamente democrático, pieza esencial de una organización estable de todos los planetas habitados, podía encontrarse algún iluso que no estaba satisfecho, pero Rod no podía imaginarse ningún grupo organizado en aquella situación.

Parecía tan absurdo como el caso de Willem Deem. Aquello tampoco era lógico. Las cosas sucedían sin significado, como en una pesadilla. ¿Pesadilla? ¿Qué era lo que trataba de recordar sobre una pesadilla? ¿No había tenido él una clase rara de sueño la noche pasada? ¿Qué fue?

Pero, como hacen siempre las pesadillas, ésta eludió su mente consciente.

De todos modos, mañana interrogaría, o ayudaría a interrogar, a esos agitadores que estaban arrestados. Pondría detectives a investigar sus historias y costumbres y no le cabía duda que podría encontrar un común denominador en alguna parte, que explicara su repentina actividad.

No podía ser por accidente que todos ellos empezaran en el mismo día. Era absurdo, tan absurdo como los inexplicables cadáveres del propietario de la tienda de libros y films. Quizá porque los dos casos eran absurdos, su mente tendía a unir los dos hechos. Pero juntos, los dos no eran más lógicos que separados. Inclusive tenían menos explicación.

¿Por qué no habría aceptado aquel puesto que le ofrecieron en Ganímedes? Ganímedes era una luna agradable y bien organizada. No había nadie allí capaz de ser asesinado dos veces en días consecutivos. Pero Jane Gordon no vivía en Ganímedes; vivía en el Sector Tres y él se dirigía ahora a verla.

Todo hubiese sido maravilloso, excepto que él se sentía tan cansado que no podía pensar a derechas, y que Jane Gordon insistía en considerarlo como un hermano en vez de como un pretendiente y que probablemente iba a perder su empleo. Sería el hazmerreír de todo Callisto, si el investigador especial enviado del Sector Centro

encontraba alguna sencilla explicación para todo lo que estaba pasando, que a él se le había escapado...

Jane Gordon, que le pareció más hermosa de lo que nunca había visto, lo recibió en la puerta. Estaba sonriendo, pero la sonrisa se cambió en una mirada de preocupación cuando él entró en la habitación brillantemente iluminada.

- ¡Rod! - exclamó -. Pareces enfermo, realmente enfermo. ¿Qué es lo que has hecho además de olvidarte de comer?

Rod Caquer consiguió sonreír.

- He estado corriendo en círculos dentro de callejones sin salida, Jane. ¿Puedo usar tu visífono?

- Desde luego. Tengo algo de comida preparada para ti. Pondré la mesa mientras llamas. Papá está durmiendo. Me dijo que lo despertase cuando llegase, pero esperaré hasta que hayas comido.

Mientras ella se dirigía a la cocina, Caquer se dejó caer en la silla situada enfrente del visífono y llamó al Departamento de Policía. La roja cara de Borgesen, Teniente del turno de noche, apareció en la pantalla.

- Hola, Borg - dijo Caquer -. Oye, con respecto a esos siete oradores que has arrestado ¿has hecho que...?

- Son nueve - interrumpió Borgesen - Tenemos a los otros dos y quisiera que no estuviesen aquí. Nos van a volver locos.

- ¿Quieres decir que los otros trataron de hablar en público de nuevo? - preguntó Caquer.

- No. Entraron en el Departamento y se entregaron, y no podemos echarlos a la calle, porque hay una denuncia contra ellos. Pero están confesando a todos los que los quieren oír. ¿Y quieres saber lo que confiesan?

- Me rindo - dijo Rod.

- Que tú los has alquilado, y que les has ofrecido cien créditos a cada uno de ellos.

- ¿Cómo?

Borgesen rió, un poco más fuerte de lo necesario.

- Los dos que se entregaron voluntariamente dicen eso y los otros siete. Dios mío, ¿por qué me habré hecho policía? Una vez tuve la oportunidad de estudiar para maquinista de naves interplanetarias y tengo que terminar haciendo esto.

- Mira, quizá lo mejor será que me llegue a la oficina y veamos si son capaces de mantener su acusación en mi cara.

- Probablemente lo harán, pero eso no quiere decir nada, Rod. Dicen que los ha alquilado esta tarde y nosotros sabemos que estabas en la tienda de Deem con Brager. Rod, esta luna se ha vuelto loca y yo también. Walter Johnson ha desaparecido. No se le ha visto desde esta mañana.

- ¿Cómo? ¿El secretario confidencial del Director? Estás bromeando, Borg - dijo Caquer.

- Quisiera que fuese una broma. Tendrías que estar contento de no tener que hacer guardia en el Departamento. Maxon nos ha estado dando siete clases distintas de tormento para que encontremos a su secretario. Y tampoco le gusta el asunto de Deem. Parece que nos echa la culpa de que dejemos que asesinen a un hombre dos veces. Dime, ¿cuál de los dos era Deem, Rod? ¿Tienes alguna idea?

Caquer sonrió débilmente.

- Vamos a llamarles Deem y Deem 2 hasta que lo sepamos - sugirió -. Creo que los dos eran Deem.

- ¿Pero cómo puede un hombre ser dos?

- ¿Cómo puede matarse a un hombre de cinco modos a la vez? - contestó Caquer -. Cuando me contestes eso, te explicaré tu pregunta.

- Estás loco - dijo Borgesen y continuó con una observación algo grotesca -. Creo que hay algo raro en este caso.

Caquer estaba riendo tan fuertemente que había lágrimas en sus ojos, cuando Jane Gordon entró para decirle que la mesa estaba dispuesta. Ella lo miró con asombro, pero había preocupación detrás del asombro.

Caquer la siguió sin protestar y descubrió que estaba hambriento. Cuando hubo comido bastantes alimentos para preparar tres comidas corrientes, volvió a sentirse humano. Su dolor de cabeza aún persistía, pero ya era algo que palpitaba débilmente en la distancia.

El Profesor Gordon estaba esperando en el salón cuando entraron allí procedentes de la cocina.

- Rod, te pareces a algo que haya sido arrastrado por el gato - dijo -. Siéntate antes de que te caigas.

Caquer sonrió.

- Eso es porque he comido demasiado. Jane es una magnífica cocinera.

Se dejó caer en una silla enfrente de Gordon. Jane Gordon se había acomodado en el brazo de la silla de su padre, y los ojos de Caquer se recrearon contemplándola. ¿Cómo era posible que una muchacha con los labios tan suaves y apetecibles como los suyos pudiera insistir en considerar al matrimonio como algo puramente académico? ¿Cómo era posible que...?



- No puedo ver en este momento que ello pueda ser una causa de su muerte, Rod, pero Willem Deem alquilaba libros políticos - dijo Gordon -. No hago ningún daño en decirlo ahora, ya que el pobre hombre está muerto.

Casi las mismas palabras, recordó Caquer, que Perry Peters había usado para decirle la misma cosa.

Caquer asintió.

- Hemos registrado su tienda y su departamento y no hemos encontrado ninguno, Profesor - dijo -. Desde luego, usted no sabrá qué clase...

El Profesor Gordon sonrió.

- Me temo que sí lo sé, Rod. En confianza, y espero que no tendrás ningún dictáfono para registrar nuestra conversación, he leído unos cuantos de esos libros.

- ¿Usted? - Había real sorpresa en la voz de Caquer.

- Nunca dejes de tener en cuenta la curiosidad de un profesor, muchacho. Mucho me temo que la lectura de libros en la Lista Gris es un vicio más extendido entre los profesores de Universidad, que entre ninguna otra clase de personas. Oh, ya sé que está mal el hacerlo, pero la lectura de tales libros no puede afectar a una mente serena y juiciosa.

- Y papá ciertamente disfruta de una mente serena y juiciosa, Rod - dijo Jane, ligeramente desafiante -. Sólo que... a mí no me dejaba leerlos.

Caquer sonrió. El uso por el profesor de la palabra «Lista Gris» lo había tranquilizado.

El alquilar libros de la Lista Gris era solamente una falta leve, después de todo.

- ¿Nunca has leído libros de la Lista Gris, Rod? - preguntó el profesor.

Caquer sacudió la cabeza.

- Entonces, probablemente, nunca habrás oído hablar del hipnotismo. Algunas de las circunstancias en el caso Deem. Bien, me he preguntado si se habría usado hipnotismo.

- Me temo que ni siquiera sé de qué se trata, Profesor.

El débil anciano suspiró.

- Eso es porque nunca has leído libros ilícitos, Rod - dijo Gordon -. El hipnotismo consiste en el control de una mente por otra y había alcanzado un alto grado de desarrollo antes de que fuese prohibido. ¿No habrás oído hablar de la Orden Kapreliana o de la Rueda de Vargas?

Caquer movió la cabeza.

- La historia de este tema está en los libros de la Lista Gris, en varios de ellos - dijo el profesor -. El método y cómo se construye una Rueda de Vargas, estará en los libros de la Lista Negra, muy arriba en la lista de la ilegalidad. Desde luego no he leído éstos, pero conozco la historia.

»Un hombre llamado Mesmer, allá por el Siglo Dieciocho, fue uno de los primeros que usaron, si es que no fue el descubridor, del hipnotismo. Por lo menos, estableció las primeras bases científicas de su práctica. Ya en el Siglo Veinte, se sabía mucho en este campo, y ya era usado profusamente en medicina.

»Cien años más tarde, los médicos trataban casi tantos enfermos con hipnotismo como con drogas y cirugía. Es cierto que hubo algunos casos de abuso, pero fueron relativamente pocos.

»Pero otros cien años trajeron un gran cambio. El hipnotismo había ido demasiado lejos para la seguridad pública. Cualquier criminal o político sin escrúpulos que llegaba a conseguir algunos conocimientos del arte, podía operar con impunidad. Podía engañar al público y conseguir no ser descubierto.

- ¿Quiere decir que realmente podía hacer que la gente pensara lo que él quería? - preguntó Caquer.

- No solamente eso, sino que conseguía que hiciesen cuanto él quisiera. Y con el uso de la televisión un sólo hombre podía visible y directamente hablar a millones de personas.

- Pero, ¿no podía el Gobierno haber dictado leyes para regular la práctica de este arte?

El Profesor Gordon sonrió.

- ¿Cómo, cuando los legisladores son buenos y tan sujetos a la influencia del hipnotismo como el resto de los mortales? Y luego, para complicar las cosas, casi sin posibilidad de arreglo, llegó la invención de la Rueda de Vargas.

»Ya había sido observado, en tiempos tan lejanos como el Siglo Diecinueve, que una serie de espejos móviles, dispuestos de manera especial, podían someter a cualquiera que los mirase a un estado de sumisión hipnótica. Y la transmisión del pensamiento había ya sido experimentada en el Siglo Veintiuno. Fue en el siglo siguiente cuando Vargas combinó y perfeccionó los dos para construir su Rueda. En realidad, era una especie de casco, con una rueda giratoria de espejos, especialmente contruidos, colocada encima.

- ¿Y cómo funcionaba? - preguntó Caquer.

- El portador de un casco o Rueda de Vargas tenía de inmediato y automáticamente control sobre cualquiera que le viese directamente en una pantalla de televisión - dijo Gordon -. Los espejos en la pequeña rueda giratoria producían una hipnosis instantánea, mientras que el casco, de alguna manera, llevaba los pensamientos del portador a través de la rueda e implantaba sobre los hipnotizados cualquier pensamiento que deseara transmitir.

»En realidad, el casco, o la Rueda, podían ser ajustadas para producir ciertas ilusiones fijas, sin necesidad de la intervención del operador. O, en cambio, el control podía ser directo, desde su mente.

- ¡Caramba! - dijo Caquer -. Una cosa como ésa podría... Ahora comprendo por qué los libros que dan instrucciones para fabricar una Rueda de Vargas están en la Lista Negra. ¡Por los Asteroides! Un hombre con una de esas Ruedas podría...

- Podría conseguirlo casi todo. Inclusive el matar a un hombre y hacer que la causa de la muerte apareciese de cinco modos distintos a otros tantos observadores.

Caquer silbó suavemente.

- Y también tratar de levantar a las turbas con agitadores, aunque no es necesario que sean agitadores, sino ciudadanos completamente temerosos de la Ley.

- ¿Agitadores? - preguntó Jane Gordon -. ¿Qué es eso de los agitadores, Rod? No me he enterado de nada.

Pero Rod ya se estaba levantando.

- No tengo tiempo de explicártelo ahora, Jane - dijo -. Te lo diré mañana, pero ahora tengo que dedicarme... Un momento, Profesor, ¿es eso todo lo que sabe respecto a ese asunto de la Rueda de Vargas?

- Todo lo que sé, muchacho. Se me había ocurrido como una posibilidad. Solamente llegaron a construirse cinco o seis, hasta que finalmente el Gobierno consiguió apoderarse de ellas y destruirlas, una a una. Costó millones de vidas el hacerlo.

»Cuando finalmente consiguieron dominar a todos los Poseedores, la colonización de los planetas ya se había iniciado y un Consejo Interplanetario tenía ya control sobre todos los Gobiernos. Decidieron que todo lo que se relacionase con el hipnotismo era peligroso y lo declararon prohibido. Costó unos cuantos siglos el eliminar todo conocimiento de este asunto, pero al fin tuvieron éxito. La prueba es que tú nunca has oído hablar de ello.

- ¿Y qué hay de los aspectos beneficiosos del hipnotismo - preguntó Jane Gordon -. ¿Se han perdido?

- Desde luego - dijo su padre -. Pero la ciencia de la Medicina había progresado tanto, que no constituye una pérdida demasiado grande. Hoy en día, los médicos pueden curar por medios físicos todo cuanto podía hacerse con el hipnotismo, por medios mentales.

Caquer, que se había detenido en la puerta, se volvió.

- Profesor, ¿es posible que alguien haya alquilado un libro de la Lista Negra a Deem, y haya aprendido estos secretos?

El Profesor Gordon se encogió de hombros.

- Es posible - dijo -. Deem puede haber tenido algunos libros de la Lista Negra, en ocasiones, pero no hubiera tratado de venderlos o alquilármelos a mí. De modo que no me habría enterado.

En el Departamento de Policía, el Teniente Caquer encontró al Teniente Borgesen al borde de un ataque de apoplejía.

Éste miró a Caquer.

- ¡Tú! - dijo. Y luego continuó - El mundo se ha vuelto loco. Escucha, Brager descubrió el cuerpo de Willem Deem, ¿no es así? A las diez de la mañana de ayer. Y se quedó allí de guardia mientras Skidder y tú y los sanitarios estaban allí, ¿no?

- Sí, ¿por qué? - preguntó Caquer.

La expresión de Borgesen mostró cuánto le habían afectado los últimos sucesos.

- Por nada, no pasa nada, excepto que Brager estuvo en el hospital ayer por la mañana, de las nueve hasta después de las once, curándose un tobillo dislocado. No

es posible que haya estado en la tienda de Deem a la hora que él dice. Siete doctores, ayudantes y enfermeras juran que estaba en el hospital a aquella hora.

- Hoy cojeaba, cuando me ayudó a registrar la tienda de Deem - dijo - ¿Qué es lo que dice Brager?

- Dice que estuvo allí, en la tienda de Deem y que descubrió el cuerpo. Nos hemos enterado por casualidad que todo sucedió de otro modo, si es que sucedió de alguna manera. Rod, me voy a volver loco. Pensar que tuve la oportunidad de ser maquinista en un carguero interplanetario y en cambio acepté este maldito empleo. ¿Has podido saber algo de nuevo?

- Puede ser. Pero antes quiero preguntarte algo, Borg. Respecto a esos nueve chiflados que has arrestado, ¿ha tratado alguien de averiguar...?

- Ah, esos - interrumpió Borgan - Los he dejado marchar.

Caquer se quedó mirando a la roja faz del Teniente de guardia, como si no pudiera creer lo que veía.

- ¿Que los has dejado marchar? - replicó -. Pero no podías hacerlo, legalmente. Había una denuncia contra ellos. Sin ser juzgados, no podías ponerlos en libertad.

- Sin embargo, lo hice y asumo toda la responsabilidad por ello. Mira, Rod, esos hombres tenían razón, ¿no es eso?

- ¿Qué?

- Desde luego. Debemos despertar al pueblo sobre todo lo que está ocurriendo en el Sector Dos. Esos malditos de allá necesitan que los pongan en su lugar y nosotros vamos a ser los que lo haremos. Este Sector debe ser el Centro de Callisto. ¿No te parece, Rod, que un Callisto unido podría conquistar a Ganímedes?

- Borg, ¿hubo algo en la televisión esta noche? ¿Alguien pronunció algún discurso que tú hayas escuchado?

- Claro, ¿no lo has oído tú? Nuestro amigo Skidder. Debe haber sido mientras te dirigías hacia aquí, porque todos los receptores se han encendido automáticamente; ha sido una llamada general.

- Y... ¿hubo alguna sugerencia específica, Borg, en ese discurso? ¿Sobre el Sector Dos, y Ganímedes y todo eso?

- Claro está, tenemos reunión general mañana a las diez, por la mañana. En la Plaza. Todos tenemos que ir; te veré allí, ¿no es así?

- Sí - dijo el Teniente Caquer -. Me temo que me verás allí. Tengo que marcharme, Borg.

Rod Caquer sabía ahora lo que estaba pasando. Casi lo último que deseaba hacer era seguir allí escuchando a Borgesen, mientras éste hablaba bajo la influencia de, no podía ser otra cosa, una Rueda de Vargas. Ninguna otra fuerza podía haber hecho que el Teniente Borgesen hubiese hablado como lo acababa de hacer. La idea del profesor Gordon parecía más acertada a cada momento que pasaba. Ninguna otra cosa podía haber conseguido aquellos resultados.

Caquer caminó ciegamente a través de las calles iluminadas por la luz nocturna de Júpiter, pasando por delante del edificio donde estaba su propio departamento. Tampoco quería entrar allí.

Las calles de la Ciudad Sector Tres parecían muy animadas para ser una hora tan avanzada de la noche. ¿Qué hora era? Miró a su reloj y silbó suavemente. La noche ya había pasado. Eran las dos de la madrugada y normalmente las calles habrían estado desiertas.

Pero aquella noche no lo estaban. Las gentes andaban por todas partes, solas o en pequeños grupos que andaban juntos en un silencio extraño. Se oía el ruido de sus pisadas, pero ni siquiera el murmullo de una voz. Ni siquiera...

¡Susurros! Algo en aquellas calles y las gentes que las poblaban, hizo que Rod Caquer recordase ahora su pesadilla de la noche anterior. Sólo que ahora sabía que no había sido un sueño. Ni tampoco había andado dormido, en el sentido ordinario de la palabra.

Se había vestido. Había salido del edificio. Y las luces de la calle habían estado apagadas, lo que significaba que los empleados de la Compañía de Electricidad habían abandonado sus puestos. Ellos, igual que los otros, estuvieron vagando entre el gentío.

Escuchando a los susurros de la noche. ¿Y qué era lo que los susurros le habían dicho? Podía recordar parte de ellos...

- Mata, mata, mata. Los odias, los odias.

Un estremecimiento corrió por el espinazo de Caquer cuando se dio cuenta de la importancia del hecho, de que la pesadilla de la noche anterior había sido una realidad. Esto era algo que hacía parecer insignificante la muerte del propietario de una tienda de libros y películas.

Esto era algo que estaba atenazando a una ciudad entera, algo que podía cambiar un mundo, algo que podía conducir a un increíble terror y destrucción en una escala que no había sido conocida desde el Siglo Veinticuatro. Todo aquello que había empezado como un simple caso de asesinato...

En algún lugar más adelante, Rod Caquer escuchó la voz de un hombre que se dirigía a la multitud. Una voz enloquecida, llena de fanatismo. Corrió hasta la esquina y la dobló para encontrarse en el exterior de un grupo de personas que se apretaban alrededor de un hombre que les hablaba desde lo alto de una plataforma.

- Y os digo que mañana es el gran día. Ahora que tenemos al Director con nosotros ya no será necesario destituirle. Hay hombres trabajando en este momento, durante toda la noche, preparándose. Después de la reunión de todo el pueblo en la Plaza mañana por la mañana, haremos...



- ¡Alto! - gritó Rod Caquer. El hombre dejó de hablar y se volvió para mirar a Rod, mientras la multitud se volvía lentamente, casi al unísono, para mirarle.

- ¡Estás arres...!

Entonces Caquer se dio cuenta de que aquello era un gesto inútil.

No fueron los hombres que se dirigían hacia él, que lo convencieron de ello. No tenía miedo de la lucha. La habría recibido con satisfacción, como un alivio a aquel extraño terror, habría aceptado con placer la oportunidad de abrirse paso con su espada.

Pero de pie detrás del orador, estaba un hombre de uniforme: Brager. Y Caquer recordó, entonces, que Borgesen estaba de guardia en el Departamento y que estaba al lado de aquellos locos. ¿Cómo podía arrestar al agitador cuando Borgesen rehusaría aceptar su denuncia, y qué iba a conseguir con iniciar un tumulto y causar heridas a gentes inocentes, gentes que no actuaban por su propia voluntad, sino bajo la poderosa influencia que el Profesor Gordon le había descrito?

Con la mano en el puño de su espada, se retiró. Nadie lo siguió. Como autómatas, volvieron a mirar al orador, quien reasumió su arenga, como si nadie lo hubiese interrumpido. Brager, el policía, no se había movido, ni siquiera había mirado en su dirección. Él solo entre todas aquellas personas, no se había vuelto contra el desafío de su superior.

El Teniente Caquer se apresuró en la dirección que llevaba cuando había oído al orador. Aquel camino le llevaría al centro de la ciudad. Allí encontraría un visífono y podría llamar al Coordinador del Sector. Esto era un caso de emergencia, seguramente la influencia de quienquiera que fuese, que poseía la Rueda de Vargas, no se había extendido más allá de los límites del Sector Tres.

Encontró un restaurante nocturno, abierto pero desierto, con las luces encendidas pero sin camareros en su interior, sin cajero detrás del mostrador. Entró en la cabina del visífono y apretó el botón para llamar al operador de llamadas de larga distancia. La operadora apareció en la pantalla casi inmediatamente.

- Póngame con el Coordinador de Sector, en Ciudad Callisto - dijo Caquer -. Aprisa, por favor.

- Lo siento, señor. Las comunicaciones fuera de la ciudad han sido suspendidas por orden del Contralor de Servicios, hasta nueva orden,

- ¿Cuánto durará?

- No está permitido dar esta información.

Caquer apretó los dientes. Bien, había una persona que podía ayudarle. Obligó a su voz a que continuase tranquila.

- Entonces con el Profesor Gordon, en los Departamentos de la Universidad - dijo a la operadora.

- Bien, señor.

Pero la pantalla siguió sin iluminarse, aunque la pequeña luz roja que indicaba que el zumbador estaba funcionando en la casa de los Gordon, estuvo centelleando durante varios minutos.

- No contestan, señor.

Probablemente el Profesor y su hija estaban profundamente dormidos y no oían la llamada. Por un instante, Caquer pensó en la conveniencia de ir hasta allí. Pero la Universidad estaba en el otro lado de la ciudad, ¿y qué ayuda podrían darle? Ninguna, y el profesor era un anciano débil y enfermo.

No, tendría que... Volvió a pulsar el botón del visífono y un instante más tarde estaba hablando con el encargado de los hangares de la Policía.

- Saque el aparato rápido de persecución - dijo Caquer secamente - y téngalo para dentro de quince minutos que vendré a buscarlo.

- Lo siento, Teniente - fue la respuesta, igualmente seca -. No se suministra telenergía a ningún aparato, por orden especial. No saldrá ningún vuelo mientras dure la emergencia.

«Debí suponerlo», pensó Caquer. Pero, ¿qué pasaría con el investigador especial que llegaría de la oficina del Coordinador?

- ¿Se permite aterrizar a las naves procedentes del exterior? - preguntó.

- Sí, pero no pueden volver a despegar sin órdenes especiales - contestó la voz.

- Gracias - dijo Caquer. Cerró la pantalla y volvió a salir afuera, donde ya amanecía. Aún había una posibilidad. El investigador especial podría quizás ayudarle.

Pero él, Red Caquer, tendría que encontrarle, contarle lo ocurrido y sus consecuencias antes de que pudiera caer, como los otros, bajo la influencia de la Rueda de Vargas. Caquer caminó rápidamente hacia el espaciopuerto. Quizá la nave había aterrizado y el daño ya estaba hecho.

Volvió a pasar por el lado de un grupo de personas reunidas frente a un orador. Casi todo el mundo debía estar bajo la influencia de la Rueda a estas horas. Pero, ¿por qué no lo estaba él? ¿Por qué no estaba también él bajo la maligna influencia?

Ciertamente, debía haberse encontrado en la calle, dirigiéndose al Departamento de Policía, cuando Skidder había estado emitiendo, pero aquello no lo explicaba todo. Todas esas gentes no podían haber visto u oído la emisión. Algunos de ellos ya debían estar durmiendo a aquella hora.

Además él, Red Caquer, había sido afectado, la noche anterior, por los susurros. Debía haber estado bajo la influencia de la Rueda, cuando había investigado la muerte, los asesinatos.

Entonces, ¿por qué se encontraba libre ahora? ¿Era él el único o eran los otros, los que habían escapado, los que estaban cuerdos y en estado normal?

De lo contrario, si era el único, ¿por qué estaba libre? ¿O no lo estaba?

¿Podía ser que lo que estaba haciendo en aquel momento era parte de algún plan realizado bajo las órdenes de otro?

Era inútil que siguiera pensando de aquel modo, o acabaría volviéndose loco. Tenía que seguir haciendo lo que creía que era lo mejor, y esperar que las cosas, y él mismo, eran lo que parecían ser.

Entonces empezó a correr, porque delante de él ya se veía el espacio abierto de la estación terminal y una pequeña espacionave, plateada a la luz del amanecer, estaba descendiendo para aterrizar. Una pequeña nave rápida del Gobierno, debía ser la del investigador especial. Corrió alrededor de los edificios, pasó por la puerta de la valla y se dirigió a la nave, que ya había tomado tierra. La puerta se abrió.

Un hombre pequeño, de movimientos enérgicos salió al exterior y cerró la puerta. Vio a Caquer y sonrió.

- ¿Usted es Caquer? - preguntó, tranquilamente -. La oficina del Coordinador me envía para investigar un caso en el que parece que ustedes se encuentran en dificultades. Me llamo...

El Teniente Rod Caquer estaba mirando, horrorizado, al bien conocido rostro del hombre, a la familiar verruga que tenía en un lado de la nariz, esperando que pronunciase el nombre que ya conocía.

- ...Willem Deem. ¿Le parece que vayamos a su oficina?

El Teniente Rod Caquer, Teniente de Policía del Sector Tres en Callisto, había soportado más de lo que podía. ¿Cómo se puede investigar el asesinato de un hombre que ha sido muerto dos veces? ¿Qué debe hacer un policía cuando la víctima se presenta, viva y sonriente, para ayudarlo a resolver el caso?

Ni siquiera cuando se sabe que en realidad no está allí, o si lo está, no es lo que nos dicen nuestros ojos y que no está diciendo lo que escuchan nuestros oídos.

Hay un punto, más allá del cual la mente humana no puede seguir funcionando normalmente y, cuando se alcanza ese punto, distintas personas reaccionan de diferentes maneras.

La reacción de Rod Caquer fue una súbita, ciega y roja cólera que se dirigió, por falta de mejor objetivo, a la persona del investigador especial, si es que era el investigador y no un fantasma hipnótico que ni siquiera se encontraba allí.

El puño de Rod Caquer estableció contacto y encontró una barbilla, lo cual no probaba nada excepto que si el hombre que había bajado del aparato era una ilusión, lo era tanto para la vista como para el tacto. El puño de Rod explotó en su mentón como el escape de un cohete y el hombre se tambaleó y cayó hacia adelante. Aún sonriente, porque no había tenido tiempo de cambiar la expresión de su rostro.

Se cayó de cara y luego dio media vuelta, los ojos cerrados pero sonriendo amablemente hacia el cielo que se iba aclarando rápidamente.

Sintiendo que las rodillas le temblaban, Caquer se inclinó y puso su mano en el interior de la guerrera del hombre. El corazón seguía latiendo, desde luego. Por un momento, Caquer había temido que estuviese muerto a consecuencia del golpe.

Y Caquer cerró los ojos deliberadamente y tocó el rostro del hombre con su mano, y aún seguía pareciendo, el rostro de Willem Deem y la verruga seguía allí, exactamente igual al tacto que a la vista.

Dos hombres habían salido del edificio terminal y cruzaban el campo corriendo, dirigiéndose hacia él. Rod vio la expresión de sus caras y luego pensó en el pequeño aparato que estaba a pocos pasos de él. Tenía que escaparse del Sector Tres, para poder contar a alguien lo que estaba pasando, antes de que fuese demasiado tarde.

Si sólo hubiese sido mentira lo del corte de la teleenergía. Saltó por encima del cuerpo del hombre a quien había derribado y entró en el aparato y empezó a manipular los controles. Pero el aparato no respondió y, no, no le habían mentido respecto al corte de energía.

No le iba a servir de nada el quedarse allí para emprender una pelea, que no iba a decidir absolutamente nada. Salió por la puerta en el otro lado de la nave, huyendo de los hombres que ya llegaban y corrió hacia la valla.

La valla era metálica y tenía una carga eléctrica. No podía matar a un hombre, pero era lo suficiente para mantenerlo sin poder moverse hasta que se cortase la corriente y pudieran detenerlo. Pero si la telenergía estaba cortada, posiblemente la valla tampoco recibiría corriente.

Era demasiado alta para saltarla, de modo que se arriesgó. Por suerte no tenía corriente. Pasó por encima y sus perseguidores se detuvieron y regresaron al lado del hombre caído junto al aparato del Gobierno.

Caquer dejó de correr, pero siguió caminando. No sabía dónde iba, pero tenía que seguir adelante. Después de un rato se dio cuenta de que sus pasos le llevaban hacia los límites de la ciudad, en el lado norte, en dirección a Ciudad Callisto.

Se encontraba en un pequeño parque cerca del límite norte, cuando el significado y la inutilidad de la dirección que llevaba se le hizo evidente. Y al mismo tiempo, se dio cuenta, de que todo su cuerpo le dolía, que estaba cansado y que tenía un dolor de cabeza terrible. Comprendió que no podía seguir, a menos que tuviese un objetivo definido.

Se dejó caer en un banco del parque y durante un rato descansó con la cabeza entre las manos. No encontraba solución.

Al fin levantó los ojos y vio algo que lo fascinó. Era un pequeño molinete de papel de varios colores clavado con una aguja en una varita. Un juguete de niño, que posiblemente lo habían dejado hincado en la hierba del parque, olvidándose de él. El molinete seguía girando, a los impulsos del viento, a veces rápido, a veces lento.

Marchaba en círculos, igual que su mente. ¿De qué otro modo podía funcionar la mente de un hombre, cuando no podía distinguir lo que era ilusión de lo que era realidad? Marchaba en círculos, igual que una Rueda de Vargas.

Círculos.

Pero tenía que haber algún medio. Un hombre con una Rueda de Vargas no podía ser completamente invencible, pues de otro modo, ¿cómo había podido el Consejo haber tenido éxito en destruir las pocas que se habían construido? Posiblemente, los poseedores de las Ruedas se habrían anulado el uno al otro hasta cierto punto, pero siempre habría quedado una última Rueda, en las manos de alguien. En posesión de alguien que quería controlar los destinos del Sistema Solar.

Pero el Consejo había detenido la Rueda.

Por lo tanto, podía ser detenida. Pero, ¿cómo? ¿Cómo, cuando no se la puede ver? Mejor dicho, cuando la vista de una, colocaba a un hombre tan completamente bajo su poder que ya no podía, después de la primera visión, saber que estaba allí. Porque, al verla, había conquistado su mente.

Él tenía que detener la rueda. Era la única solución. Pero, ¿cómo?

Aquel molinete en el jardín, podía ser la Rueda de Vargas, ajustada de modo que crease la ilusión de que era el juguete de un niño. O su poseedor, llevando el casco, podía estar ahora delante de él, observándole. El Poseedor de la Rueda podría ser invisible, porque a la mente de Caquer se le habría ordenado que no lo viese.

Pero si el hombre estaba allí, entonces es que realmente estaba allí, y si Rod podía alcanzarlo con su espada, el peligro habría terminado, ¿no es así? Sin duda.

Pero ¿cómo podía encontrarse una rueda que uno no podía ver? Que no se podía ver, porque...

Y entonces, aún contemplando el molinete, Caquer vio una posibilidad, algo que podía tener éxito, una probabilidad entre mil.

Miró rápidamente a su reloj de pulsera y vio que eran ya las nueve y media, lo que quería decir que aún faltaba media hora para la reunión de la Plaza. Y la Rueda y su poseedor estarían allí, con toda seguridad.

Se quedó sin aliento después de atravesar corriendo unas cuantas manzanas y tuvo que seguir a un paso rápido, pero aún tenía tiempo para llegar allí antes de que la reunión terminase, aunque no viera el principio.

Sí, podría llegar allí. Y entonces, si su idea tenía éxito...

Eran casi las diez cuando pasó por delante del edificio donde estaba su propio departamento y siguió caminando. Entró en una casa unas cuantas puertas más allá. El operador del ascensor había desaparecido, pero Caquer lo hizo funcionar y un minuto más tarde usaba su ganzúa para entrar en el laboratorio de Perry Peters.

Peters no estaba, desde luego, pero las gafas sí, los anteojos especiales con el raro efecto de limpiaparabrisas que hacía que pudiesen usarse en las minas de radita.

Rod Caquer se las colocó delante de sus ojos, se puso la pequeña batería en el bolsillo y apretó el botón que tenía a un lado. Funcionaban. Podía ver, mientras los brazos limpiacristales zumbaban rápidamente. Veía confusamente, pero veía. Pero un minuto más tarde, el aparato se detuvo. Recordaba ahora que Peter había dicho que los ejes se calentaban y expandían después de un minuto de funcionamiento. Bien, aquello podía tener mucha importancia. Un minuto podía ser suficiente y los ejes se habrían enfriado cuando llegase a la Plaza.

Pero necesitaría poder variar la velocidad. Entre la multitud de piezas que cubrían el banco de trabajo, encontró un pequeño reóstato y lo intercaló en uno de los hilos que iban de las gafas a la batería.



Aquello era todo lo que podía hacer. No tenía tiempo para hacer más pruebas. Se levantó los anteojos hasta la frente y corrió hacia el ascensor. Un momento más tarde, estaba en la calle corriendo hacia la Plaza, a dos manzanas de distancia.

Cuando llegó vio la inmensa multitud reunida allí, mirando a los dos grandes balcones del edificio del Directorio. En el inferior habían varias personas a quienes conocía: el Dr. Skidder, Walter Johnson. Hasta el teniente Borgesen esta allí.

En el más alto, el Director Barr Maxon estaba solo, hablando al gentío que se extendía por la plaza. Su voz sonora lanzaba frases reivindicando el poderío del Imperio. A unos cuantos pasos de él, entre las gentes, Caquer distinguió el cabello blanco del Profesor Gordon y la cabellera dorada de Jane Gordon a su lado. Se preguntó si también se encontraban bajo aquel embrujo. No había duda que habían sido engañados o no se encontrarían allí. Comprendió que sería inútil el tratar de hablarles, el explicarles lo que iba a tratar de hacer.

El Teniente Caquer se colocó las gafas delante de los ojos, momentáneamente ciego porque los brazos cerraban en aquel momento los arcos de cristal. Pero sus dedos hallaron el reóstato, que estaba en cero, Y empezaron a moverlo lentamente hacia su máximo.

Y entonces, a medida que los brazos limpiadores empezaron su loca danza y fueron acelerando, empezó a ver. Al principio confusamente. A través de los cristales en forma de arco, miró a su alrededor. En el balcón inferior no observó nada de particular, pero en el balcón más alto, la figura del Director Barr Maxon repentinamente se hizo confusa.

Había un hombre de pie en el balcón, que llevaba un casco de apariencia extraña, que le cubría hasta los hombros y en su parte superior había una rueda de unos diez centímetros de diámetro, compuesta de espejos y prismas.

La rueda aparecía inmóvil, debido al efecto estroboscópico de los anteojos mecánicos. Por un instante la velocidad de los limpiacristales estuvo sincronizada con la rotación de la Rueda, de modo que cada imagen sucesiva de la Rueda la

mostraba en la misma posición, y para los ojos de Caquer la Rueda de Vargas estaba inmóvil y pudo verla.

Entonces las gafas se atascaron.

Pero ya no las necesitaba.

Sabía que Barr Maxon, o quienquiera que fuese el que estaba en aquel balcón, era el Poseedor de la Rueda de Vargas.

En silencio y procurando no llamar la atención, Caquer corrió por entre los grupos y alcanzó una puerta lateral del edificio del Directorado.

Había un centinela de guardia.

- Lo siento, señor, pero no se permite la...

El guardia trató de desviar el golpe, demasiado tarde. El plano de la espada del Teniente Caquer le golpeó en un lado de la cabeza y cayó.

El interior del edificio parecía desierto. Caquer subió corriendo la escalinata que lo llevaría al piso de aquel balcón y atravesó el gran salón dirigiéndose a la puerta del balcón.

Irrumpió a través de ella y el Director Maxon se volvió. Ya no se veía el casco en su cabeza. Caquer había perdido las gafas, pero aunque no pudiera verlo, Caquer sabía que el casco y la Rueda estaban en su lugar funcionando y que ésta era su única oportunidad.

Maxon vio el rostro del Teniente Caquer y su espada desenvainada.

Entonces, abruptamente, la figura de Maxon se desvaneció. Le pareció a Caquer - aunque sabía que aquello no podía ser - que la figura ante él era la de Jane Gordon, mirándole suplicante, hablándole en un tono angustioso.

- Rod, no lo... - ella empezó a decirle.

Pero él sabía que no era Jane. Una ilusión, en defensa propia, le había sido proyectada por el operador de la Rueda de Vargas.

Caquer levantó la espada y la dejó caer con toda su fuerza.

Hubo un sonido de cristal roto y el ruido de metal contra metal, cuando su espada cortó a través del casco.

Ahora podía ver que no era Jane - sólo un hombre muerto en el suelo, con la sangre corriendo a través de un corte en el extraño y complicado casco, completamente destrozado. Un casco que ahora será visto por todo el mundo y también por el Teniente Caquer.

Del mismo modo que todo el mundo, incluyendo a Caquer, podía reconocer al hombre que lo había usado.

Sí, era Willem Deem. Y esta vez, Rod Caquer sabía que verdaderamente era Willem Deem...

- Pensé - dijo Jane Gordon - que te ibas a marchar a Ciudad Callisto sin ni siquiera despedirte de nosotros.

Rod Caquer tiró su sombrero en la dirección de una percha.

- Oh, eso - dijo -. No estoy ni siquiera seguro de que vaya a aceptar el puesto de Coordinador de Policía allí. Tengo una semana para decidirme y me quedaré en esta ciudad hasta entonces. ¿Cómo te encuentras, Jane?

- Perfectamente, Rod. Siéntate. Papá llegará pronto y tiene muchas cosas para preguntarte. ¿Cómo es que no te hemos visto desde la manifestación en la Plaza?

Es gracioso cómo un hombre puede ser tan tonto, a veces.

Pero era verdad que él se había declarado tantas veces y había sido rechazado, que quizá toda la culpa no era suya.

Él sólo pudo quedarse mirándola.

- Rod, supongo que todos los hechos no han aparecido en los programas de televisión - dijo ella -. Ya sé que tendrás que volver a contarlo todo para mi padre, pero mientras lo esperamos, ¿no quisieras adelantarme alguna cosa?

Rod sonrió.

- No tiene importancia, realmente, Jane - dijo -. William Deem consiguió hacerse, de algún modo, con un libro de la Lista Negra, y descubrió el modo de fabricar una Rueda de Vargas. De modo que hizo una y empezó a pensar cómo usarla.

- Su primera idea fue matar al Director Barr Maxon y hacerse pasar por Director, ajustando el casco de modo que aparecería como Maxon. Colocó el cuerpo de Maxon en su propia tienda y se divirtió mucho con su propio asesinato. Tenía un torcido sentido del humor y disfrutaba al vernos confundidos.

- ¿Pero cómo consiguió hacer todo el resto? - preguntó la muchacha.

- Se encontraba allí con la apariencia de Brager y pretendió descubrir su propio cuerpo. Dio una descripción de la causa de la muerte e hizo que Skidder, yo y los sanitarios viéramos el cuerpo de Maxon, cada uno de una manera distinta. No es extraño que casi nos volviésemos locos.

- Pero Brager recordaba haber estado allí - objetó ella.

- Brager estaba en el Hospital en aquel momento, pero Deem lo vio más tarde e implantó en su mente el recuerdo de haber descubierto el cuerpo de Deem - explicó Caquer -. Naturalmente, Brager pensó que había estado allí.

»Entonces mató al secretario confidencial de Maxon, porque habiendo estado tanto tiempo en contacto con Maxon, el secretario podía haber sospechado algo fuera de lo normal, aunque no hubiese podido decir lo que era. Éste fue el segundo cadáver de Deem, que a estas alturas estaba divirtiéndose mucho cuando vio el lío en que estábamos.

Y desde luego nunca envió a buscar un investigador especial a Ciudad Callisto. Estaba jugando conmigo, haciéndome creer que iba a encontrar a un detective y haciendo que el detective fuese Willem Deem otra vez. Casi me volví loco, entonces.

- Pero, ¿cómo fue, Rod, que no tenías las mismas ideas que los demás? Me refiero a ese asunto de conquistar Callisto y todo lo demás - preguntó ella -. ¿Estuviste libre de este aspecto de la hipnosis?

Caquer se encogió de hombros.

- Quizá fue debido a que no llegué a ver el discurso de Skidder en la televisión - sugirió. - Desde luego no se trataba de Skidder sino de Deem bajo otra apariencia, llevando el casco. Y quizá me excluyó deliberadamente a mí, porque tenía una clase anormal de diversión al ver mis esfuerzos por resolver las muertes de dos Willem Deem. Es difícil saberlo. Es posible que yo estuviese ligeramente afectado por la tensión nerviosa y por esa razón fuese en parte resistente a la hipnosis general.

- ¿Crees que realmente quería gobernar sobre todo Callisto, Rod? - preguntó Jane.

- Nunca sabremos, con seguridad, hasta dónde quería o esperaba llegar más tarde. Al principio estaba experimentando con los poderes de la hipnosis, por medio de la Rueda. La primera noche, sacó a las gentes de sus casas y las hizo andar por las calles, y luego las mandó regresar e hizo que lo olvidaran. Fue una prueba, sin duda.

»Deem era, indudablemente, psicopático, y no podemos adivinar cuál era su plan completo - continuó Caquer -. ¿Has comprendido cómo funcionaban los anteojos para neutralizar la influencia de la Rueda de Vargas, Jane?

- Creo que sí. Esa fue una brillante idea, Rod. Es lo mismo que cuando se toma una película de una rueda en movimiento, ¿no? Si la cámara se sincroniza con la

rotación de la rueda, de modo que a cada fotografía sucesiva la rueda dé un giro completo, entonces parece que la rueda esté inmóvil cuando se proyecta la película.

Caquer asintió.

- Exactamente. Tuve suerte en poder conseguir esos anteojos. Durante un segundo pude ver a un hombre de pie, en el balcón, llevando un casco; eso era todo lo que necesitaba saber.

- Pero, Rod, cuando apareciste en el balcón no llevabas ya las gafas. ¿No podía haberte detenido por medio de la hipnosis?

- Por suerte, no lo hizo. Supongo que no tuvo tiempo de dominar a mi mente. Sin embargo, me proyectó una ilusión. No era ni Barr Maxon ni Willem Deem la persona que vi allí en el último instante. Eras tú, Jane.

- ¿Yo?

- Sí, tú misma. Creo que él sabía que estaba enamorado de ti, y eso fue lo primero que se le ocurrió; que no me atrevería a usar la espada si yo creía que la dirigía contra ti. Pero no lo eras, a pesar de la evidencia de mis ojos, de modo que di el golpe.

Se estremeció ligeramente al recordar la fuerza de voluntad que había necesitado para levantar la espada contra ella.

- Lo peor de todo fue que te vi allí de pie, como siempre he deseado verte, con los brazos tendidos hacia mí y mirándome como si realmente me amaras.

- ¿De este modo, Red?

Y esta vez no fue obtuso para comprender lo que ella quería decir.

FIN